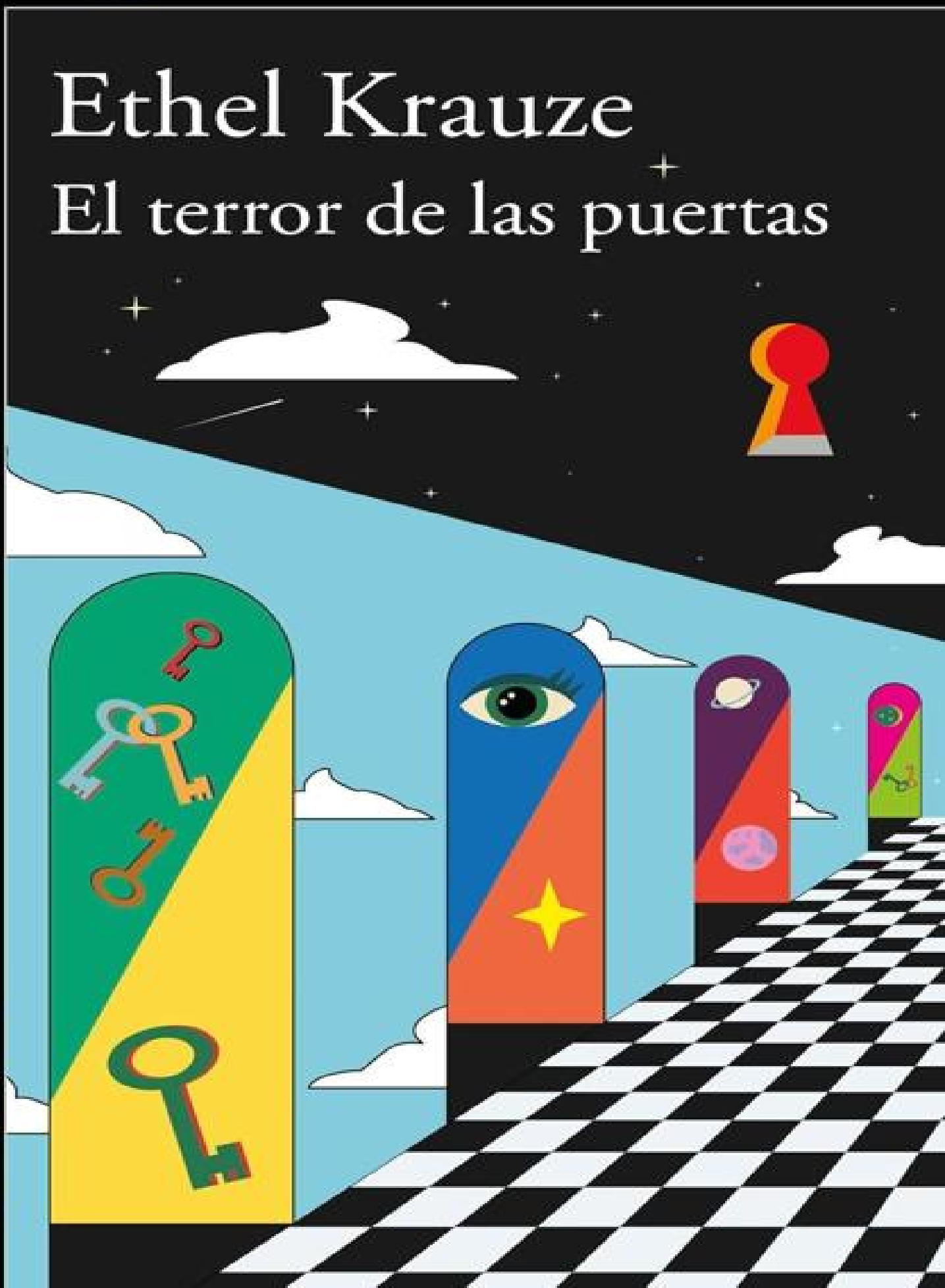
ALFAGUARA

Ethel Krauze

El terror de las puertas



Narrativa Hispánica

Ethel Krauze

El terror de las puertas

ALFAGUARA

Para Adelina

Entrada

Dicen que detrás de cada puerta hay un terror. Y sí. Por ejemplo, el rabo de mi papá. Todos los señores tienen un rabo escondido en el pantalón. La puerta del pantalón.

Las mujeres tenemos una puerta también, pero no en la ropa, sino en el cuerpo. Una puerta que no puede cerrarse nunca, ni muerta. Siempre queda entreabierta. Lo peor es que por ahí se le cuelan a una todas las desgracias. Eso dicen. Aunque yo sé que por ahí salen los bebés envueltos en una cobijita de sangre muy pegajosa.

Los espejos de la casa son puertas que se abren, y cuando te metes dentro, no ves más que repisas con medicinas viejas, pasta de dientes y peines rotos. A veces no tienes que abrirlos, nomás de mirarte en ellos se abre una puerta tras otra hasta que te ves lo que tienes detrás de los ojos y, por poco, hasta lo que guardas en la cola.

En la cola guardas secretos que tienen que ver con picos, con cosquillas y con agujas ardientes. Son tan secretos que no sabes cómo nombrarlos. Por eso no se habla de ellos. Tienen puertas con candado, no sé quién tenga las llaves.

Pero lo más chistoso es que detrás de todas las puertas, y cuando digo todas, digo todas, está mi mamá con su cara de sábana, mi mamá con su cara de calaca y sus dos ojos como gotas

negras derramándose. Se me ocurre un panda grandote, sin su colchón de pelos. Es solo un viento frío, con tiritada y susto.

La puerta de mi cuaderno es negra con letras doradas. Solo lo tiento, muchas veces, suspiro como si algo muy bonito se me acomodara en la garganta. Me lo regaló mi papá, para que mis amigas me pongan sus autógrafos en la escuela. Pero no lo he sacado de la mochila. No quiero que nadie lo vea. Es la puerta que nunca he abierto para nadie. Por eso le tengo miedo. No sé qué me pasaría si la abriera.

Si abriera esa puerta, todos los terrores aparecerían juntos, como en la avalancha que cayó de la montaña y sepultó a todo un pueblo después del huracán. Lo han repetido mucho en los noticieros. Todos los terrores de todas las puertas cayendo hacia mí como una manada de toros locos. No quiero ni pensar.

La puerta del baño tiene su propio terror: ver a mi hermana vomitando con sus ojos de borrego cuando llega de noche. A mi hermano hablando con la pared a carcajadas. Ellos son grandes, no sé si los espantan las puertas. O los espanto yo cuando las abro.

La puerta de la casa (¿hay una puerta de la casa?) es (¿cómo es?) una reja. No es una puerta de verdad. No es como un muro que separe el adentro y el afuera con su manija en medio. Una hilera de barrotes de hierro con su pasador. Cualquiera sale y entra en medio de un chirriar que te pone de nervios. La reja da a un pasillo que conduce hasta una puerta de vidrio con herrajes, a mano derecha, que es la entrada principal; y al fondo, a la puerta de la cocina, que también es de vidrio con herrajes, aunque más pequeña. En el lado opuesto hay otra reja para la zona de estacionamiento y, cruzándola, una puerta más de vidrio con herrajes para el área de servicio, así le llaman al patiecito del calentador.

Así que ¿dónde están las verdaderas puertas en la casa? Ahora que lo pienso bien, por eso hay tanto terror suelto, si no hay puertas verdaderas con sus muros macizos y sus manijas con cerradura de botón.

¿A quién se le ocurrió hacer una casa con puros ojos abiertos, con el blanco de esos ojos desbordándose, salidos de los párpados, grumosos, cruzados de venas azules y de gusanos rojos de sangre contenida? Se cuelan por todas las rendijas, se arrojan miradas como piedras, unas detrás de otras, y a veces, en tumulto. Ojos de aguja negra, de bruja escaldufa bordando grandes juanetes en sus puntiagudos zapatos.

¿Quién decidió que una casa fuera una gelatina que no puedes guardar en ninguna parte? Si la dejas fuera se deshace, si la congelas se cristaliza y se quiebra. Debes tragártela toda en el mismo instante. Es fresca y dulce los primeros bocados. Después se vuelve una masa fría y pesada en el estómago. Un recuerdo tembloroso. Algo que tuviste y perdiste demasiado pronto. Como las cosas que no tienen puertas.

Como las palabras que de repente se destripan de la cabeza y salen volando como moscas zumbonas. Son las peores. Las moscas zumbonas. No te dejan en paz. Y son tan listas que no las matas con nada. Ellas te matan a ti, de cansancio y desesperación. Hasta que te tumbas en el suelo y ellas van por tu cuerpo haciendo lo que saben hacer, para eso son moscas zumbonas.

Tengo ganas de inventar una puerta para cada una de ellas. Puertas para moscas zumbonas. De pronto creo que es una idea maravillosa y ya me dispongo a correr a decírselo a ¿quién?, ¿cómo saber a dónde ir en una casa sin puertas?

Nunca se sabe a qué lugar se llega cuando aparece una puerta. Pero tampoco sé dónde estoy en un lugar sin puertas.

En fin, yo estaba hablando del rabo de mi papá y de la calaca de mi mamá con sus ojos de panda y su frío. Y salieron las puertas con sus terrores y detrás brotaron estos pensamientos que saben a sal y a vinagre. Puedes restregarlos todo el santo día con piedra pómez, que no se quitan de la lengua. Esa lengua que es como una piel dentro de la cabeza, que la cubre toda y hace que me sienta rara.

Por eso me pongo tralalá a trotar, tralalá por acá y por allá. Con muchas ganas de tomar mi cuaderno negro y sentir en la yema de los dedos sus doradas letras como si estuvieran bordadas en la pasta. Algo deben saber esas letras que yo todavía desconozco, letras que son puertas a otras puertas que viajan por los pensamientos y que me arrancan de mi sitio. Hojas en blanco que esperan el paso del huracán con todas sus puertas abiertas, tan tranquilas, parpadeando delante de mis ojos.

Ya me dio miedo todo. No sé cómo meterlo de nuevo en la caja y cerrarla con candado.

Primeras puertas

Capítulo 1

No porque hoy cumpla once años ya no merezco «Las mañanitas» con pastel y velas. Mi mamá está recién operada de la matriz y hace su escándalo en la recámara. Desde mi cuarto oigo sus pucheros y sus quejas de bebé. Las puertas en esta casa siempre están abiertas.

Abiertas para que todos vivamos entremezclados entre los pedos, los gargajos, los eructos, los ronquidos y hasta los sonidos raros de gato agonizante que se aparecen algunas noches en medio de la oscuridad paseándose por las sábanas. —Pásame el kótex —le dice mi hermana a mi hermano mientras él cruza campante por el baño de arriba hacia su cuarto. Ella tiene la cabeza inclinada hacia el excusado, escudriñando algo en el agua de la taza. Pero nunca se puede distinguir nada ahí, porque los muebles del baño son negros. ¿A quién se le ocurrió un baño con excusado negro, lavabo negro, tina negra? Hay que tener un metal oxidado en el cerebro.

El caso es que ya desde hacía semanas mi mamá no dejaba de decir «¡*Maine diamanten*!» a los cuatro vientos y como que se le salía un chillidito. Abue Ignacia no le contestaba, nomás miraba al frente, lo que el frente fuera, podría ser el muro de yedra que separa el patio de la cocina, o una mancha en la cacerola o algún abismo perdido en su cabeza, porque abue Ignacia es así, se le notan los tornillos que se le van zafando entre la lengua cuando habla.

«¡*Maine diamanten*, *maine diamanten*!», y como que señalaba a la redonda. Fue hasta que descifré trocitos de conversaciones entre mi mamá y mi abue Ignacia, cuando supe que «*Maine diamanten*» somos sus hijos, los hijos de mi mamá. Porque primero yo pensaba que se refería a sus chichis, que son enormes y sí, muy bonitas y siempre está acomodándoselas en el brasier. Mi papá pone ojos de lobo cada vez que ella lo hace enfrente de la gente. A mi mamá le encantan las últimas películas de la tele en la madrugada. Se le queda mirando a una actriz alemana con un nombre divino, Marlén, creo se llama, y canta canciones en alemán frente a los soldados que están en guerra y que mi mamá se aprende de memoria.

Ya luego supe que «*Maine diamanten*» significa «mis diamantes» en alemán. —Ya para qué la quiero, si tengo a «*Maine diamanten*», ya para qué la quiero… —decía mi mamá, a veces en voz baja; otras, en tono airado, con los ojos retadores. —Es la matriz —me confesó mi hermana una noche, a fuerza de mi insistencia—. Se la van a sacar. Por eso dice que ya para qué la quiere si ya tuvo tres hijos que son sus diamantes. —Puafff —soltó la carcajada. Me miró casi con cariño y luego, inmediatamente, hizo una arcada de vómito. No sé si fue de juego o de broma, pero le salió muy bien. —Puafff —volvió a exclamar, y se tapó la boca con las manos. Yo me sentí feliz por la confianza que estaba depositando en mí, por primera vez en mi vida.

Mi papá está desaparecido. Sale al amanecer y llega de madrugada. Con un portazo cada vez. No soporta ver a mi mamá así. Todas las mujeres sufren de la matriz, a todas les llega la hora. Un rosario de suspiros alrededor de las camas de las mujeres sufrientes. Esto es mi regalo de cumpleaños. Vecinas, abuelas, tías, con tecitos y compresas calientes y frías, con vendajes apestosos y los horribles «cómodos» helados para el tubito de la orina verde.

No hay fiesta, ni regalos. No hay nada. Ni un pan duro con una méndiga velita. Siento que no viviré para el próximo año porque toda la vida mis papás nos convencieron de que se deben apagar

velitas pidiendo deseos y poniendo una más para el año que entra. Estoy en mi cuarto con las lágrimas cayendo hasta las rodillas. La puerta abierta. Para que oigan mis sollozos. Sollozos de muerta prematura.

La casa es una pelea de portazos, llantos y quejidos. A ver quién gana. La casa tiene las piernas abiertas de mi mamá y todas las manos se le meten hasta dentro para arrancarle el centro de ella misma, no sé si la matriz es un nudo o una burbuja, si tiene forma de estrella o de canasta del mercado. Ha de oler a grasa de pollo y a salsa de jitomate, debe ser como un huevo tibio con su baba colgante y su moco amarillo. Todas las manos del mundo están adentro de mi mamá, sacándole un triperío sanguinolento mientras ella grita a los cuatro vientos —¡*Maine diamanten*! —y lo grita en son triunfal, abriendo de par en par las puertas de todas las casas para que el mundo sepa cuánto ama esta madre a sus hijos.

Mi hermana se pinta las uñas de los pies con el radio prendido a todo volumen en el baño, yo lloro a grito tendido diciéndome a mí misma «estas son las mañanitas que cantaba el rey David a las muuuuchachas bonitas», ya hipeo rodando de la cama, hacia el tapete, caigo con la cara pegada a una de las patas. Tengo abierto el cráneo, como todo en esta casa, abierto, húmedo, palpitante. En su centro hay un diamante, único y perfecto, listo para mi madre.

No sé a qué horas de la madrugada me despierto en el piso, antes de lanzar el último sollozo, me meto tiritando a la cama. Finalmente, ya pasó mi peor cumpleaños del mundo. Ya puedo ser infeliz a mis anchas y cobrármelas para siempre. A nadie, y menos a mi mamá, le interesó su último diamante, el diamante de mi cerebro que estalló de pura luz cuando me cantaba a mí misma «Las mañanitas», en ofrenda a su matriz perdida.

Capítulo 2

Dice que así, que pegados. Bueno, un poco. Estamos los dos en pijama. Es domingo en la mañana y nos pusimos un suéter encima porque hace frío. Sh… Mis papás siguen dormidos. Estamos dando los primeros pasos del baile. Yo me equivoco horrible y él se enoja y dice: —Sh… cállate, babosa. Él está practicando para la fiesta del sábado. —¿Cómo vamos a bailar sin música? —le digo. —Sh… ya cállate, órale, muévete así.

Mi cabeza le llega a mitad del pecho. Pongo de lado la cara para no asfixiarme en su suéter. Un paso a la derecha y quietecita y luego otro a la izquierda, no, uno y uno, acércate, carajo.

No había sentido nunca a mi hermano tan cerca. Para acá, para allá, se tocan nuestras pijamas. De repente brinco hacia atrás, qué te pasa, mensa, acércate. Otra vez para allá, para acá. Un roce de pijamas y me escurre un gusanito de sudor por la frente.

Me da una risa loca. Mi hermano me pone la mano en la boca. —Sh… Nos van a oír, babosa. —Órale, es que ya me dio calor. Me quito el suéter. Él se deja el suyo, pienso que qué bueno que se deja el suyo, no sé por qué pienso esto.

Otra vez para acá, para allá, quietecita. Dijo «quietecita», así que me pongo tiesa para no brincar, me clavo en el suelo, ay, el roce de las pijamas se vuelve caliente. Detrás de las pijamas estamos nosotros, mi hermano y yo. Estamos entre tiritando sudor frío y de cosquillas. Bueno, yo. De él no estoy segura, porque no quiero

volver a soltar la risa loca y que se enoje. Menos que se vayan a despertar mis papás.

La verdad, el que me importa es mi papá, porque él sí sabe enojarse. Mi mamá es como una sábana, ¿ay, por qué se me ocurrió que es como una sábana?, es que así la veo, a veces enrollada y a veces suelta, como caída sobre la cama. El caso es que mi papá entra como huracán a la recámara, cruza el baño de en medio y de una patada abre la puerta del cuarto de mi hermano, que es el único que cierra su puerta. Le dice: —Ya levántate, carajo, huevón, cabrón, chaquetero. Esta escena se repite bastante seguido porque a mi hermano no le gusta levantarse temprano.

Nadie me ha explicado qué significa *chaquetero*, no tengo la más remota idea de qué quiere decir, supongo que es algo espantoso, porque mi hermano solo se tapa con la cobija media cara y pone los ojos desorbitados.

—Ya —le digo a mi hermano—. Ya me cansé de bailar. —Espérate, una última vez, si no, cómo vas a aprender. Oh, pues, es que no me gustan los pensamientos, pienso, pero no se lo digo. Los pensamientos de las pijamas que se rozan. Detrás de las pijamas (¿o del otro lado?) hay cosas que palpitan, como si nuestros cuerpos tuvieran otros cuerpos ahí adentro, cuerpos con su propia vida y, ya que el cuerpo es carne, como la carne de res, solo que la nuestra no es de res, sino de persona, pienso en un plato de carne partida en trocitos y el tenedor viajando a mi boca. Me voy a vomitar.

No le digo que el roce de las carnes es feo y bonito al mismo tiempo. No le digo que la carne respira por sí misma y hace su propia pausa, quietecita, y luego va para acá y para allá entre las notas de una música que nadie oye más que el propio cuerpo.

Me ganan estos pensamientos y me viene la risa otra vez, y que me despanzurro sobre la cama con mi hermano abrazándome, y que se me viene todo encima y nos carcajeamos rojos de sudor, sh…, ya cállate, y que entra mi papá, seguro porque oye nuestras carcajadas que mi hermano me tapa con su mano y lo único que entiendo es

que mi hermano se va, «chingadamadre», a la escuela militarizada. Así dice mi papá: «chingadamadre».

—De plano —dice mi mamá. De plano. Estoy metida en la tina, temblorosa y con un ataque de risa quedita esperando que termine de hacer su maleta mi hermano. A ver en qué momento le dicen que es la última vez que le van a dar otra oportunidad. Unas veces solo llega a obligarlo a hacer su maleta, y ya en las escaleras lo amenaza peor, a lo que mi hermano baja la cabeza, y asiente. Entonces, a deshacer la maleta, porque le ha dado otra oportunidad. Otras veces, la cosa llega hasta el coche, nomás se lo lleva a dar de vueltas a la manzana y regresan, con la cara blanca de mi hermano y roja de mi papá. Mi mamá nomás los espera en la ventana desde una rendija de la cortina de gasa, no vayan a verla esperándolos, porque eso pondría más furioso a mi papá.

Pero esta vez oigo el motor enfurecido alejándose. Y no regresan. Mi mamá pasa no sé cuánto tiempo esperando. Yo necesito hacer algo, y lo único que se me ocurre es meterme en la tina y que me caiga toda el agua del mundo. Me convierto en un pez que salta por las cascadas, con los ojos redondos a cada lado y una boca de beso en forma de corazón.

Mi mamá sube las escaleras buscándome, no necesita mucho, porque no hay cortina de baño en la tina, mi cabeza se asoma para escuchar su voz de sábana suelta: —¡Pues qué diablos hiciste!

Capítulo 3

Creo que a mi mamá le dio un súper segundo aire. Dice abue Ignacia que a las mujeres les da su segundo aire cuando les quitan la matriz. Primero estuvo chipilísima y lloriqueaba. Pero pasan las semanas y los ojos se le van poniendo grandes y los movimientos de su cuerpo también. Anda de allá para acá como nunca la había visto, mueve ella sola los muebles y los acomoda en otro lugar y se les queda mirando largo rato y vuelve a desacomodarlos. Sale a la calle y regresa describiendo, desde la reja, las cosas que fue a comprar, como un tapete «formidable» para el baño, así dice colocándolo al pie de la tina, «for-mi-da-ble».

El otro día sonó el timbre con mucha insistencia. Estábamos comiendo. Salió abue Ignacia a ver, llamó a mi mamá. Mi mamá salió y yo me asomé por el patio. Era un señor con el que platicaba. Ella me daba la espalda, la vi acomodarse el resorte del calzón sobre la bata, con una mano por detrás, con apuro y discreción. Es horrible cuando se te entierra por ahí.

Al rato regresó mi mamá a la mesa, tenía la cara blanca y unas chapas rojas, rojas, se le encendieron cuando mi papá preguntó quién era.

Mi mamá se hizo loca, pero como mi papá le echó la mirada número dos (la uno es como la muerte, y la tres es la antesala de la dos, que es bastante fea), mi mamá dijo: —Ay, nadie, un vendedor.

Ya para el café volvió a sonar el timbre una vez. Nadie fue. Sonó una segunda y una tercera. Mi papá soltó con fuerza la taza sobre la mesa y salió, mientras mi mamá le decía en voz muy suavecita: —Deja, no es nadie, es un necio. Y fue tras él.

Abue Ignacia me dijo: —Ya súbete a tu cuarto. Pues eso hice, con una bola de coraje en el estómago porque ya me hicieron enojar todos.

Es que el nombre del señor Farías había aparecido en la casa sin agua va. A mi mamá se le ocurrió «modernizar el aspecto de las ventanas», así explicó ella, con estas palabras, y ahí empezó la cosa. Anda escogiendo telas y diseños de cortinas y tiene muchas conversaciones telefónicas y citas en diferentes tiendas.

Como en la casa no se usan las puertas, mi mamá siempre deja abierta la recámara cuando se va mi papá al trabajo. Ella se levanta tarde y además duerme la siesta. Yo estaba haciendo tarea abajo y que oigo unas risas que parecen maullidos, se callan un ratito y otra vez unos chilliditos de perro bebé junto con unos secreteos y revoltijos de sábanas. De plano sí me asusto, subo la escalera y me asomo sin respirar a la recámara. Mi mamá está revolcándose debajo de la sábana, la colcha en el suelo, y se carcajea quedito y dice a la bocina: —Ay, cómo eres. Ay, cómo crees. Sé que está desnuda porque se le dibuja todo el cuerpo y sus hombros sobresalen sin los tirantes del brasier. Me quedo como si me hubieran tocado en el juego de encantados, mirando esa escena incomprensible. Hasta que por fin mi mamá presiente algo, creo, porque entreabre los ojos y hace una seña urgente con la mano para que me salga de ahí.

El corazón me retumba en la cabeza, entro a mi cuarto y me siento en la cama, para que algo se acomode dentro de mí. Por las puertas abiertas se cruzan los ronroneos y los susurros, las risitas y los «ay, vas a ver, ya no, tengo que colgar».

Sonaba el teléfono y mi mamá decía: —Es el señor Farías, para los detalles de las cortinas. Y así. Hasta el día del timbre, que subí a

mi cuarto y me trepé al taburete para asomar la cabeza por la ventana que da a la reja. Vi a mi papá lanzándole un puñetazo al vendedor y a mi mamá jalándole el saco por detrás. Salté del taburete porque se me pusieron los ojos como dos fuegos negros. Me lancé al armario y saqué un montón de ropa, busqué una maleta que no encontré porque se la llevó mi hermano a la escuela militarizada, entonces agarré las blusas y las faldas, así como así, hasta el clóset del baño; eché también mis zapatos y los tenis y hasta mis patines; metí mis calcetines y mi mochila, y mi cuaderno mágico, el estuche de lápices y la pasta de dientes y el cepillo y todo lo que pude, toallas y bufandas y pijamas, unas cosas encima de las otras hasta el techo, quedó tan retacado que no cabía más. Empujé la bola de cosas con mi cuerpo y me metí ahí con todas mis fuerzas tratando de cerrar la puerta.

—No te dije que la perdí porque para qué —oí que repetía mi mamá. Porque perdió su agenda, creo yo, y el vendedor la encontró no sé dónde, en un lugar malo, o así le fue a decir con chantajes que si no le daban recompensa porque en la agenda venía su nombre y domicilio. Abue Ignacia subía la voz: —Bueno, ya cálmense —y mi papá iba a matar al vendedor, antes de que le devolviera la agenda de mi mamá.

Obvio las puertas de los baños no tienen llave, ni manija de botón, solo una agarradera simple. Encendí los motores del avión y pum inicié el despegue. Nunca había viajado en avión. Fue una experiencia que me puso el cerebro al revés. En la oscuridad del clóset del baño, la ropa soltó la gravedad y cada cosa empezó a flotar alrededor de las estrellas, por allá el cepillo de dientes giraba sobre su eje paradito y feliz, las mangas de las blusas hicieron un baile muy bonito en el firmamento, y cuando ya traspasábamos la primera galaxia, mientras mi cuerpo hacía unos giros deliciosos de un lado y del otro del espacio, los gritos y las voces de «dónde andas, escuincla» empezaron a subir.

No he contado que me río siempre con el miedo. Pues me entró un ataque tan fuerte de risa que me descubrieron pronto, y, como yo detenía la puerta desde adentro mientras abue Ignacia la jalaba por afuera, se me salieron los meados y, ya entrada en calor por los esfuerzos y las carcajadas, me hice caca en los calzones.

Finalmente, entre mi papá y abue Ignacia lograron abrir la puerta. —Ave María, Ave María —rezaba abue Ignacia descubriendo el batidillo y la peste.

Fui más lista que todos porque me escabullí de ahí en un runrún. Ya bajaba las escaleras, fulminada por un rayo mientras mi papá me perseguía con el cinturón en la mano.

Me escondí debajo del trinchador. Mi papá no pudo sacarme de ahí.

A mí me castigaron sin salir de mi cuarto por un mes. Solo podía ir a la escuela. Y regresaba a mi cuarto, donde me llevaban la comida. Mi mamá no había dicho ni una palabra, se deslizaba por la casa como un fantasma. Nos quedamos con las mismas cortinas viejas. Me quedé pensando en cómo hubieran sido, porque ella había explicado con muchos detalles que quería una primera cortina de gasa semitransparente con unas florecitas muy delicadas, y luego otra, más pesada, como de brocado o algo así, y arriba «un marco de color fijo», eso dijo. Ah, y también unas cintas para recoger a cada lado las cortinas pesadas. Solo hubo un martillo loco paseándose por el ambiente de la casa. Yo era la única que podía verlo. Y hasta desviaba la cabeza para que no fuera a golpearme.

Mi mamá me suspendió la condena el segundo domingo, le sonreí con ojos de borrego, pero con la nariz arriscada. Ella como que iba sonreír, pero nomás me dijo: —Ya vente a desayunar los wafles que preparó abue.

Y todo esto pasó por el señor Farías.

Capítulo 4

Un día, un loco día, más loco no puede ser, que no olvidaré jamás, a mi mamá le entró un tercer aire. De esos que dice abue Ignacia que les dan a las mujeres cuando ya acabaron de criar.

Su segundo aire había sido «una pólvora en infiernillos», así dijo abue, y supongo que se refería a las cortinas que iba a cambiar y todo había quedado en un castigo para mí, por culpa del señor Farías, al que nunca le vimos la cara, pues aquel vendedor que supuestamente tocó el timbre no era vendedor, sino un horrible ser que había encontrado tirada la agenda de mi mamá en la calle y que le estaba inventando unas historias infames para sacarle dinero, y mucho menos era el señor Farías, quien «no había tenido vela en el entierro» sentenció abue Ignacia, y así quedó establecido en el recuento de los hechos. Mis papás se fueron un fin de semana a Cuernavaca y sanseacabó.

Ahora mi mamá ha conseguido el nombre de la arquitecta Cardinali, que se apareció por la casa vestida con un traje sastre brillante de falda arriba de las rodillas, una mascada perfumada alrededor del cuello y un peinado de fleco idéntico al del príncipe de los cuentos ilustrados que se venden en los quioscos de periódicos. Dice mi mamá que es italiana y por eso sabe muchísimo. Ya quedaron en que se van a retapizar todos los muebles de la sala, que son tres: el sofá grande, el sofá mediano y el sillón.

Mi papá entra y, sin saludar, sube las escaleras y se pone a ver la televisión. Ellas están observando cuadritos de tela pegados en un álbum, desprenden uno y lo ponen sobre alguno de los muebles de la sala, mueven la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda entrecerrando los ojos, dan unos pasos hacia atrás y otros hacia adelante. Luego repiten la operación con los demás cuadritos.

Esta escena se multiplica varias veces durante tres o cuatro semanas. Perdemos la cuenta. La arquitecta Cardinali y mi mamá toman café y se ponen de acuerdo un día sí y otro no. Ya se me grabó el cantadito italiano y esas eses resbaladizas en la lengua que mi mamá ha empezado a imitar.

Finalmente, llega el día en que desaparecen los sofás y el sillón. La arquitecta Cardinali se los lleva en una camioneta al taller de tapicería. Mi mamá suspira cada vez que baja las escaleras y se encuentra la sala vacía, y corre al teléfono a preguntar por la arquitecta Cardinali. Platican un rato sobre nombres de colores y tipos de tela. Parece que mi mamá queda convencida. Cuelga y se pone a mover las sillas del comedor para llenar los huecos, al fin que no se usan todas del diario. Y cambia cuadros y lámparas y quita y pone cojines.

Mi papá ni siquiera vuelve la vista hacia ese desbarajuste. Sale temprano y llega tarde.

Así pasó creo que un mes o más. Ya me había acostumbrado a entrar y ver el espacio de la sala patas arriba. Hasta el día en que llego de la escuela y me recibe abue Ignacia en la reja. Me toma de la mano diciendo: —Te vas derechita a tu recámara —no me dejó ni replicar, entro por la puerta principal y me le suelto de la mano, saltando de emoción con un gritito porque ya están ahí los famosos muebles recién retapizados. Pero abue es más veloz que yo y me empuja con un «shhh» tremendo hacia la escalera.

Oigo unos gemidos y me asomo a ver a mi mamá, que está tendida en la cama, con un paño de agua fría sobre la frente. Tiene los ojos en blanco, entreabiertos. —Que te metas a tu cuarto —alza

la voz abue Ignacia. No la alza porque ella nunca la alza, sino que la tuerce como un látigo, así suena cuando va llegando al cerebro de quien la oye. No puedo preguntar ni qué pasó porque se me atraganta la frase, al tiempo, los gemidos de mi mamá se hacen más fuertes y entrecortados con: —No lo soporto, no lo soporto, ay, no lo soporto.

Ojalá pudiera encerrarme en mi cuarto, pero mi cuarto es también cuarto de mi hermana y es un paso entre el baño de en medio y la recámara de mi hermano. No están ninguno de los dos, de todos modos, las puertas no tienen seguro, por eso digo que no son puertas.

Bajo de puntitas para disfrutar la sala. El tapizado de la arquitecta Cardinali deslumbra como el oro. De lejos tiene rayitas azules en un fondo amarillo y de cerca cada rayita viene con un hilo dorado a los lados. En el fondo amarillo parecen labradas unas canastas de flores, pero en realidad, de cerca, es un bordado más grueso y no es canasta ni flores, sino unos manojos de rizos o vete a saber qué, como el pelo de mi muñeca de carne y hueso, especialmente las puntas de las coletas.

Me siento en el sofá grande, con mucho cuidado. Mis pies no tocan el suelo. Desde ahí, soy la reina de la maldad y voy a convertir esta bonita sala en una gran calabaza, hasta que todos los ratones me obedezcan inclinándose ante mí. Pero los gemidos de mi mamá vienen bajando las escaleras y nuestras miradas se cruzan en un tris tan inesperado, que apenas abue Ignacia alcanza a detenerle la cabeza para que no vaya a estrellársele en el piso, al pie de la escalera, justo donde no hay alfombra.

Mi papá llega y yo corro hacia la cocina como chiflido.

Cuando regreso de la escuela al día siguiente, los muebles de la sala están cubiertos con sábanas blancas. Lo primero que pienso es que están muertos. Pero lo segundo que pienso es que mi mamá no quiere que se ensucien, porque me vio sentada y por eso se desmayó. Le costó un dineral el tapiz nuevo, lo sé porque durante

semanas iba diciendo que «costaría un dineral, pero valdría la pena», así decía y se daba ánimos con una sonrisa de ojos muy abiertos mientras contemplaba los cuadritos de tela en el álbum de la arquitecta Cardinali.

El silencio en la casa es peor que una puñalada. Nadie me recibe. Voy a la cocina y abue Ignacia me dice con su voz rara: —No hables, tu mamá se puso mal y tu papá ya ves como es. A retazos me voy enterando que mi mamá se puso mal porque no soporta ver la sala y mi papá le dijo: —No la veas —y así estaban hasta que abue Ignacia sacó unas sábanas viejas y cubrió los muebles recién tapizados.

Que por qué no le gustaron esos tapizados brillantes como el oro con sus rayitas azules y sus rizos bordados, sepa la bola, nadie me ha podido explicar. A mí me parecen un atardecer en un país muy lejano o muy antiguo. Me provocan unos suspiros raros cuando los veo. Porque sí he alzado las sábanas sin que se den cuenta, solo para comprobar que sigue ahí ese atardecer.

Mi mamá tiene los ojos hinchados y la cara más blanca que jamás. Habla muchas veces por teléfono con la arquitecta Cardinali, con una voz temblorosa y más fuerte que de costumbre. Mi papá hace retumbar la reja cada vez que entra y sale.

Pasa una semana con lo mismo y a mí ya me salieron ronchas. Así que decido bajar a la sala de noche, calladita, voy a la cocina por las tijeras para cortar el pollo. Lo que sigue es que me quedo dormida soñando que floto en altamar en mi barquita hasta el más allá…

—¿Qué hiciste, escuincla idiota? —la campanada en mis orejas con la voz de mi mamá me devuelve al más acá y, sin que acabe de abrir los ojos, un aguacero de cachetadas se me viene encima. Ya es de día. Todo el tapiz nuevecito ha quedado hecho tiras sembrando la alfombra de un brillo dorado.

Solo abue Ignacia puede contenerla.

Antes de que baje mi papá, abue Ignacia me rescata y me lleva a su cuarto que está del otro lado del patio. Ella le mandó poner una

alcayata para cerrar por dentro. Ahí nos quedamos hasta que toca mi hermana. Llegó y no vio a nadie, la sala es un caos y se asusta.

Ella vive con unas compañeras de Chapingo, donde empezó a estudiar veterinaria, y solo de repente «se digna a visitarnos», así dice abue, pero esta vez abue la recibe con muchos abrazos y le explica las cosas. No sé qué haya entendido mi hermana, porque cuando escuchamos que regresaban mis papás, se le encaró a mi mamá: —¿Por qué le pegaste?, le clavaste las uñas, eres una pinche loca —y mi papá puso mirada número uno, pero a mi hermana no le importó. —Por eso prefiero a las vacas y a los marranos —soltó, y mi mamá fue tras ella, pero mi hermana ya estaba azotando la reja.

Todo acabó con dos semanas de premio en Cuautla, abue y yo solitas. Ella, para curarse las reumas en las aguas sulfurosas del balneario Agua Hedionda, y yo, pues para estar lejos, supongo, para que mi cabeza acabara de entender, gracias a esa distancia de kilómetros entre nosotros, que mi mamá y la arquitecta Cardinali habían llegado a un acuerdo de devolución de las telas, a cambio del dinero, porque mi papá había amenazado con no sé qué horrores a toda la parentela de la arquitecta. Yo no lo sabía, solo había querido quitarle a mi mamá esos gemidos.

Consideré que la peste a huevo podrido de esas aguas donde tuve que meter la cabeza junto con mi abuela eran mi castigo dentro del premio, algo así como mi purificación, porque en las noches nos consolábamos con un rico bolillo sopeado en un chocolate caliente, mientras veíamos en la tele unas películas que ella se sabía de memoria, lo podía yo comprobar porque adelantaba las escenas y los diálogos perfectos.

Supongo que mis papás también necesitaban la distancia para que sus cabezas crecieran y les entraran estos pensamientos míos que se me arremolinaban, provocándome suspiros, muchos suspiros, parecidos a los que me provocaba aquel atardecer deslumbrante en un país que nunca existió y que se me reveló, de golpe, junto a la palabra *idiota*, en un tapiz abominable.

Capítulo 5

No sé qué botón se le habrá descosido a mi mamá en la cabeza, porque el domingo se levantó temprano, con los ojos de ardilla, olfateando cazuelas en los anaqueles, y dijo: —Voy a hacer donas. Así empezó el desbarajuste y el batidillo. Ah, pero qué manera de terminar, eso sí es manera de terminar.

La cocina es una cosa de locos. Todo un manicomio cabe ahí mismo, las cucharas cacaraquean con el rodillo, que estornuda con la panza enharinada, mientras un montoncito de moscas patina en los regueros de azúcar. Abue Ignacia repela resoplando la nariz, mi mamá me da órdenes para que le pase esto y lo otro. La mantequilla, el vaso grande y la copita coñaquera para los círculos de las donas porque no tenemos moldes. Yo estoy en pijama, mi mamá en calzones y brasier con su bata de florecitas encima, la que se le trasluce todo y que mi papá odia. Pero mi papá salió a Puebla a recoger a doña Mefista, que va a pasar el día con nosotros.

Una vez cada tres meses, mi abuela Rosenda nos visita. Mis papás la llevan a comer a «un buen lugar», así dice mi mamá, «un buen lugar». A mi mamá no le gusta que ande husmeando por la casa con la nariz de que todo le huele a caca. Mi mamá le dice «doña Rosenda», y yo le digo «abuelita», porque a abue Ignacia solo le digo «abue», así no hay confusión. Pero en secreto mi hermana le empezó a decir «doña Mefista», porque le choca su carota, y cuando la oyeron mi mamá y abue Ignacia también le

copiaron el secreto, pero en secreto. Las oía por los pasillos y en el patio, asomándome en secreto. Una vez le pregunté a mi mamá por qué Mefista y se rio primero y luego me soltó un «shhh…».

Nos pusimos a hacer las donas, en eso entró mi hermana a la cocina, toda despeinada igual que nosotras, en shorts y camiseta: —¿Qué diablos hacen? —y, sin más, dijo—: esto hay que festejarlo. Entonces buscó la jarra grande, «¿dónde está la jarra grande?», la saqué del fondo de la alacena y se la llevé. Me fue explicando cómo se prepara un clericó.

Arrimamos de acá para allá las cosas y llenamos la panza bien redonda de la jarra de vidrio con un «néctar subversivo», como lo llamó mi hermana. Le puso una botella de vino tinto que estaba hasta atrás de los botes de la repisa en la despensa, agua mineral, jugo de naranja, y a mí me comisionó a picar cuadritos de fruta, «de la que haya», me dijo.

El primer horneado de las donas salió horroroso. Venían quemadas de un lado y la masa estaba tan chiclosa que me tuve que pasar el bocado con un vaso entero de clericó. Mi mamá dijo que no estaban tan mal, pero mi hermana las tiró enteritas porque eran un peligro.

Abue Ignacia se enojó horrible, restregando el molde en el fregadero. —Ni modo, doña Mefista, te quedaste sin tus donas, salud —dijo mi hermana. Me reí tremendo porque ya se le habían abierto de par en par las puertas al secreto. Las demás también rieron y entre todas nos apuramos para preparar la segunda tanda de donas. Y otra jarra de clericó. Yo cortaba los círculos concéntricos. Primero el grande, luego el chico.

Para cuando llegó mi papá con doña Mefista, la mesa del comedor estaba lista con un mantel de brocado y el platón de donas olorosas en el medio. A un lado, como asomando la cabeza de una bombonera, las bolitas azucaradas hechas con el sobrante de las donas luego de hacerles el hoyo. Yo no sabía que las bolitas de las donas, que ya no son de las donas, son lo mejor de las donas. Por

dentro están suaves y esponjosas, por fuera, crujientes, doradas y dulces. El té humeaba en la estufa.

Mi mamá se había puesto un vestido de lino amarillo sin mangas y parecía una flor recién cortada de la jardinera de la terraza de arriba, la que da a las recámaras. Se llaman «copa de oro» esas flores con sus pétalos abiertos y sonrientes. Me da la impresión de que son muy felices esas flores. Mi hermana se había quedado con los shorts, pero se recogió el pelo y yo me vestí con mi disfraz de Bella Durmiente. Le dije a mi mamá si me podía poner ese vestido azul con crinolina y tules que brillan y soltó una risita y dijo que sí. Busqué mi varita mágica hasta debajo de la cama, pero no apareció. Mi hermana agarró un lápiz y le enrolló en la punta un trozo de papel paspartú plateado. —Santo remedio —exclamó blandiendo el lápiz, y que le brotan estrellitas, juro que sí, montones de estrellas de colores empezaron a saltar, corrí tras ellas, pero no se dejaron y se me adelantaban siempre, y hasta abue Ignacia ponía los ojos al revés de las risas y a servirnos otro vaso de clericó para la sed.

Doña Mefista puso cara de que olía a caca, pero cuando nos vio con los ojos brillantes y la mesa divina, no le quedó más remedio que sentarse con su tacita de té, mientras mi papá se iba a comprar una paella al Sanborns porque hoy no saldrían, sino que hoy sería un domingo para homenajearla en casa con donas hechas por mi mamá.

—El mantel de brocado no se pone para recibir, sino para lucir. —El postre no se presenta al principio, sino al final. Iba recetando abuelita Rosenda, a lo que abue Ignacia respondía que lucir es recibir con detalle, y que las donas no son postre sino donas, y que: —Mire, doña Rosenda, pruebe las bolitas que salieron, las hizo su nietecita. Y sí, la verdad es que yo las hice, en lo que recogían la cocina. Las amasé en forma de canicas, las rocié de aceite y las puse a rodar en la azúcar. Las coloqué en un molde largo, y al horno, señoritas, a portarse bien. No se enchuecaron ni se pusieron boludas

ni se rostizaron ni se partieron. Fue gracias a mi varita y sus estrellas que me tenían bien abiertos los ojos y el corazón caliente.

Doña Mefista, porque así me salió decirle desde ese día en mi cabeza, pero en mi cabeza nada más, se le quedó mirando a la bolita, arriscó la nariz y finalmente se la llevó a la punta de la lengua. Eso bastó. Se las zampó todas en un abrir y cerrar de boca. Mi mamá se balanceaba de risa con mi hermana y yo me puse a hacer mucha magia con mi varita bajo la mesa, mirándoles los calzones a todas y cómo se abrían y se cerraban las piernas haciendo un triángulo oscuro en el centro. Era como una directora de orquesta, picándoles con mi varita por acá y por allá, hasta que cambiaban la postura.

Ya no supe a qué horas llegó mi papá con la paella y a qué horas se pelearon y se contentaron. Hubo jaloneos de sillas, y «cállate, no hables así», y «por favor, tranquilícense», con azotadas de copas, y «me largo de esta casa», con unas correteadas por el patio, y «pásame el platón, qué prodigio de langostinos, pero este, no me digan que es azafrán, el chorizo sabe a patas». Yo viajé mucho debajo de la mesa, me subí a los tacones azul marino, chatos y apestosos de doña Mefista, convertidos en barcos con sus dedos de pirata y sus ojos tuertos en cada callo; también estuve naufragando en las sandalias de cuero de mi hermana, por unas islas remotas con sus uñas filosas renegridas que eran los ojos de una familia de panteras, y los botines viejos de abue Ignacia que eran unos submarinos para mandar torpedos a la Segunda Guerra Mundial. Los zapatos de mi papá no los toqué, nomás miraba sus agujetas negras medio raídas, con sus puntas movedizas como si fueran trocitos de comida que se queda enquistada entre los dientes, unos dientes imposibles que ni con cepillo. Los mejores fueron los de mi mamá, unas zapatillas blancas idénticas a las del *Lago de los Cisnes*. Nadé en un agua tibiecita y resplandeciente hasta que me fui al País de las Maravillas.

No supe a qué horas me limpió abue Ignacia en la pileta, pero me quitaron mis tules de Bella Durmiente, y me pusieron un suéter largo de mi hermana que me cubría hasta las rodillas y me dejaba ciegas las manos. Mi varita mágica quedó descabezada y solo sobrevivió el lápiz roto. Mis pelos estaban costrosos y olían a vomitada de bolitas mantecosas con clericó.

Ya estamos en mi cama todas las mujeres de la casa. Mientras mi papá se fue a dejar a doña Mefista a Puebla, nos metimos al cuarto de abue Ignacia y nos echamos unas copitas de rompope que ella guarda en su ropero. —Para el susto y el coraje —dijo abue. No sé qué susto y qué coraje, porque mi mamá se puso a reír que se le iba la cabeza para atrás, y mi hermana se revolcaba en el tapete. Abue Ignacia se puso a contar unas historias que se me hicieron bolas entre los ojos. Había niños muertos en los cajones de los burós y espantos y señoras y señores raros haciendo «cuantimañas», o eso oí, como que muchas mañas.

Ya luego me fueron a dejar a mi cama, y ahí se quedaron, acurrucándonos entre todas, apretadas, y así quedaron dormidas con los pies de fuera y las cabezas chuecas. Solo yo me di cuenta cuando mi papá llegó. Se asomó al cuarto y me hice la muerta. No dijo ni «pu», y se dirigió a su recámara.

Con el corazón saliéndoseme por la boca, oí cómo cerraba su puerta. Por primera vez cerraba su puerta. Las estrellas de mi varita mágica, aunque mocha, habían logrado el milagro.

Apenas escuché el tremendísimo eructo que mi papá soltó en la felicidad de su recámara cerrada. No se nos vaya a ocurrir entrar. Ni de chiste, pensé.

Al fin pude yo cerrar los ojos toda una inmensa noche. Nada de miradas de ningún número, ni de discusiones, ni de sorpresas para la mañana. Solo nosotras, cerrando con los abrazos nuestra puerta.

Capítulo 6

—Es de cocodrilo —dijo alzándose la chamarra de cuero color café, y dejó ver un cinturón grueso con hebilla dorada. Primero pensé que traía un cocodrilo muerto escondido en el pantalón. —No seas mensa, está hecho de piel de cocodrilo, toca. Era rugoso, me dio entre asco y miedo.

Traía puestos unos lentes oscuros de aviador con micas de espejo, por lo que no se veían sus ojos, sino los míos grandotes cada vez que me le acercaba. El corte de pelo de soldadito y unos granos en la cara medio feos. Le dieron permiso de pasar su cumpleaños en casa, porque caía en domingo. Mi papá lo vio llegar desde la reja y puso su mirada número uno. Yo corrí a abrazarlo, mientras él me alborotaba el pelo y me decía: —Quihubo, chaparra. Nada era igual. Nada. Hasta pensé que no era mi hermano el que volvía de la escuela militarizada.

Mientras él caminaba hacia su cuarto, yo daba saltitos para quitarle los lentes, me urgía saber si era mi hermano de verdad. Y hasta que se los quitó y me miró con los ojos negros de siempre, parpadeando mucho como de broma, supe que sí era él.

Le prestaron el coche de mi mamá para que fuera a comprar pollo Kentucky, aunque no tiene la edad para manejar, pero bueno, no importa tanto. Para no aguantar «mis berrinches», dijo mi mamá, me dejaron ir con él. Al fin que está cerca de la casa.

Se me van los ojos delante del mostrador, mientras mi hermano me va dando clases de pollo Kentucky: —Esta salsa se llama «salsa morena» y se le echa al puré de papa, que es aquel, y aquí va la ensalada de col, aparte son los bollos. —¿Qué son los bollos? —ya no me contesta y me da una bolsota de papel grueso con las piezas del pollo que hasta marean del olor a no sé cómo explicar. Él dice que así huele lo Kentucky del pollo y se agarra una pata y se la devora a mordiscos. Me da el último huesito para roer, bastante rico.

Ya está la mesa puesta en la terraza, porque es «día de fiesta», dice mi mamá y entonces entre todos arrastran la mesa del antecomedor y la sacan a la terraza, acomodan las sillas y con eso se hace el ambiente de felicidad. Mi papá arrisca la nariz, pero no dice «pío».

Ya vamos por la segunda ronda del pollo Kentucky, mi papá y mi hermano no han cruzado palabra, ni la vista, pero comen muy bonito, eso sí. Mi mamá habla por todos. Abue Ignacia oye por todos. El puré de papa es lo que más me ha gustado. Cuando se acaba hasta el último rastro, mi papá se levanta, lo que significa que la fiesta ha terminado. Esa sí es la felicidad.

Entonces ayudo a mi hermano a desempacar su mochila, aparecen unos guantes de box. —¿Quieres probarlos? Me pone el izquierdo y él se pone el derecho. —Vamos a fintear —me explica—, es como un baile, pero de puños. Todo lo que suena a bailar con mi hermano me saca entre chispas y cosquillas, frías y calientes.

Estamos finteando súper bonito, es un vals de puños que buscan alcanzarse, pero se escabullen en el aire: el globo negro de un guante es un planeta que gira en torno al otro globo negro y, en el centro, nosotros, como un sol con su luna, así mi hermano y yo vamos girando en la música de mi cabeza que hace «gong gong gong…».

Cuando abro los ojos, tengo la cara de mi mamá pegada a la mía, detrás de su cara está la lámpara del techo, ¿cómo es posible? Me levantan de pronto como si fuera muñeco de peluche. Mi hermano

ya va metiendo a lo loco sus cosas de vuelta en la mochila, y mi abue Ignacia me pone en la boca un trozo de bollo, porque no hay bolillo, para el susto, mientras me soba la frente.

Mi papá le dice: —Cabroncito, a ver si conmigo, cabroncito, tienes los huevos. Y él contesta: —Sí, señor; no, señor; mi general, señor —y esas contestadas a mi papá le sacan la mirada más tenebrosa del mundo. —Que no me contestes —dice. —Sí, señor; no, mi general, señor —responde el otro. Y sin más palabras se ponen a fintear entre los dos, a lo pelón, sin las bolas de los guantes. —Por Dios, habíamos quedado en que lo dejaríamos regresar —exclama mi mamá, pero no le hacen caso. Así que grita: —Me voy a desmayar —y se entromete en la finta, por lo que le toca a ella el puñetazo de mi papá que iba dirigido a mi hermano. Entonces mi hermano baja corriendo la escalera y yo tras él, lo alcanzo en la reja y le ruego que no se vaya, no otra vez, por mi culpa: —No te vayas, no te vayas.

Lo abrazo de las piernas para retenerlo, él se zafa y me dice: —Voy a regresar, para darte la revancha y ahora tú me tires de un nocaut, chaparra —y veo una lagrimota temblona que se le va a salir del ojo derecho, aunque no se le sale, me alborota el pelo y se pone sus lentes oscuros y adiós.

Cuando ya todos están callados en sus respectivos cuartos, tengo el baño de arriba solo para mí. Me entra un ferrocarril por dentro, siento la necesidad de moverme rápido, sin parar, voy al cajón de mi hermana, donde guarda su zoológico con el que se convenció de que sería veterinaria, lo vuelco en el suelo. Empiezo a acomodar a los animales por tamaños, al frente los chicos de plástico y atrás los grandes de tela. Van a ser los alumnos y yo la maestra. Busco mis plumones y mis cuadernos. La pared de azulejos verdes es el pizarrón, el excusado es mi silla y la tina es el patio de castigo.

Se me sube por el pecho una lava roja, como la del libro de los dinosaurios que me regaló mi papá, cuando explotó un volcán que derramaba lava devorándolo todo a su paso. Los dinosaurios corrían

vueltos locos. La lava hacía burbujas. Así mi garganta, por lo que me salieron unos regaños brutales: —Eres un burro con patas, bodoque, mueble sobre mueble, te me vas al patio ahorita mismo —y allá se fue volando de un manotazo el elefante de peluche, quedó con la trompa torcida, para que aprenda. —Y tú, asquerosa, mira nada más qué cochinota, te me vas a la dirección —y ya fue a dar en otra voltereta la jirafa con fractura de cuello, y por si faltara más: —Ustedes son un moco, ¿no se ven?, parecen moco, de regreso al kínder, a que les limpien los calzones. —No, no queremos ir al kínder —lloriquean el pollo, el marrano y el borrego, pero ya van en hilerita — de rodillas hasta la reja del kínder aunque escupan lágrimas de sangre. Les rompo a todos sus tareas, les pongo un rosario de ceros en el pizarrón, y a los que quedan los pateo hasta que todos corren en estampida a refugiarse en la tina más negra que mi corazón a punto de escapárseme por la boca.

—Ahora sí van a ver lo que es el castigo —y abro las llaves del agua, la fría y la caliente al mismo tiempo, y pongo el tapón del desagüe. Pronto estarán a kilómetros de profundidad mientras oigo el serrucho de mi respiración. Cuando entra abue Ignacia ya están flotando los desdichados alumnos en la tina.

—No me va a castigar Dios —le digo a abue Ignacia, que se queda mirando la escena con un «Cristo Jesús» atrapado en el pensamiento, porque la conozco. No me va a castigar porque si lo piensa dos veces, se va a dar cuenta de que aquí todos tienen con quién pelearse, menos yo.

Suspira, asiente, cierra las llaves del agua, desagua la tina. —Vamos a secar y a planchar a estos pobres —dice— qué va a decir tu hermana cuando los vea, ¿pensaste en eso?

No, no pensé en eso, porque soy mala, pienso. Pero este pensamiento no me convence mucho, porque qué bueno que, al final, flotaron los pobres y no se dejaron ahogar, de eso sí estoy segura que pensé. Y también pienso que todo es un teatro porque no son alumnos ni animales sino pura porquería de juguetes.

Aunque sí sentí divino todos los castigos que les puse.

Capítulo 7

—Ven —me dijo—, siéntate aquí —y me hizo lugar en el sillón de la terraza, junto a ella. Solté la mochila con un susto desconocido, el sol de las dos de la tarde se me clavó en los ojos, por lo que no pude observar lo que tenía en las manos. Solo sé que algo del tamaño de un transatlántico está a punto de pasar en la casa.

Ella nunca espera mi regreso de la escuela, no se aparece en la terraza a esas horas ni me dice «ven, siéntate aquí», con ese tono con sabor a panqué. No sé por qué no hay nadie más en la casa, no se oye ni el ladrido de la Matrioshka, que a mi llegada siempre corre barriéndose justo a mis pies y se voltea de panza para que le haga su saludo de cosquillas.

Abue Ignacia me enseñó cómo se prende el bóiler, primero se pone el botón en posición del piloto, y solo así se acerca la flama de la antorcha al cilindro. Una vez que sale la llamita, se cierra la persiana y entonces se mueve la perilla a posición de encendido. Se escucha un alboroto de fuego adentro y por debajo se ven las llamaradas primorosas echando todo su poder para calentar el agua hasta la ebullición. Así empiezo a sentir, como si todo mi cuerpo fuera el bóiler. Cuando veo mi libreta de autógrafos, que siempre escondo, sobre las piernas de mi mamá, me sale la llamita, y conforme va pasando las páginas, dentro del cuerpo se me alborotan unas llamaradas no tan primorosas como en el bóiler, porque las mías me calientan solo a mí y creo que voy a estallar. —

No te acerques mucho ni lo toques, no vaya a estallar —me advierte cada vez mi abue Ignacia.

—No sabía cómo te quieren todas tus amigas, cuántas cosas bonitas dicen de ti, no me imaginaba que tengo una hija tan maravillosa… —y cosas así me va susurrando y de pilón me suelta un beso tronado en la cabeza.

Sus palabras son como las cataratas del Niágara, así tal cual las vi en una película, se me vienen encima y el bóiler de mi cuerpo se desprende de mí misma y ya lo veo revolcándose corriente abajo. El beso tronado me desprende la cabeza y ya anda la pobre rodando tras el cuerpo, mientras yo no sé adónde me quedé. Las lágrimas se me escapan junto con los sollozos y los mocos, mientras ella va leyendo fragmentos de las cosas tan bonitas que mis compañeras de escuela han escrito sobre mí en mi libreta de autógrafos, y repite: —Ahora sé que eres una niña muy buena y mucha gente te quiere, ¿quieres ver la tele conmigo después de que hagas tu tarea?

Cuando, por fin, entro a mi recámara, creo que voy a vomitar. Tengo la libreta de autógrafos como el cuerpo del delito entre mis manos. La abrieron como se abren todas las puertas de esta casa donde nadie existe, solo hay revoltura y nervios que se retuercen. Cómo le explico a mi mamá que la libreta es parte de mí, que las palabras que están escritas son mías, yo las puse todas ahí, son mi cabeza, y que las páginas son mis pulmones, mi corazón, mis venas, y que las pastas son mi piel, mi pelo. No quiero que la toquen, no quiero que me toquen.

Me daba mucho miedo pedir a las niñas que me escribieran sus autógrafos, qué tal si ponían cosas que no me gustaban. Llevaba la libreta a la escuela y la traía intacta de regreso, me asomaba a lo que se escribían unas a otras y me parecían frases repetidas y muy hipócritas. Una noche se me ocurrió hacer la prueba inventando un autógrafo, pensando qué me gustaría que me escribieran. Ya no paré. Me eché media libreta, fueron mejorando y hasta les incluí pequeñas historias, como la del día en que a una niña le resolví la

tarea a la mera hora con puros números inventados, al fin que la maestra nunca se fijaba, y a otra le aconsejé cómo bajarle el coraje a su mamá para que le quitara el castigo, y agradecimientos porque siempre tengo palabras para cada cosa que les pasa, y a todas les pongo nombres preciosos en los juegos del recreo y las divierto con mis cuentos. En algunos, me pedían que fuera yo su hermana o, por lo menos, su prima, y que les regalara mi foto para ponerla en sus libretas de autógrafos, y hasta dibujé corazones y caritas y estampé unos besos con el bilé de mi hermana, obvio, que ellas me daban a mí.

No recuerdo cuántas noches las pasé rellenando las páginas, me quedaba dormida con la libreta al lado de la almohada, y antes de irme a la escuela, la escondía en la cajonera, adentro de los shorts de gimnasia y hasta le hacía nudo con el cordón del resorte. Yo sabía que nadie los agarraba sino yo, los miércoles que nos toca esa clase.

Lo peor de todo, lo que me tiene así, tirada como un moco aplastado sobre el tapete del baño, son las frases de mi mamá diciéndome que no tenía idea de lo mucho que me quieren mis amigas, de la gran niña que soy, y lo súper peor de todo, lo que hace que se me escurran las lágrimas como ríos locos que salen de la orilla de los párpados hacia las sienes y me mojen el pelo, es que mi mamá repite y repite que gracias a la libreta ha descubierto a la hija que tiene.

Mi abue Ignacia entra como fantasma sin hacer ruido y me dice que ya está mi mamá en la tele con una charola de los panquecitos que mandó comprar en la panadería. Con razón olía a panqué, pienso. No me pregunta ni qué hago ahí en el suelo y creo que no se da cuenta de mis lagrimones porque me restriego los ojos antes de levantarme.

Ya estamos las tres viendo el capítulo de *Las tres caras de Teresa Montufar* en la sala. Mi mamá me atrae hacia ella y me recuesta la cabeza en su hombro. Suelto un suspiro involuntario que me

estremece toda. Abue Ignacia se zampa el segundo panqué al grito de: —Qué mentiras, válgame Dios. —Sh, deja oír qué le contesta —secunda mi mamá. —Qué estupidez —vuelve a gritar abue Ignacia— nadie se va a creer eso. —Pero, mamá, es una de las caras del personaje. —Ay, hija, pues aunque sea una de las caras, es muy estúpida. Así discuten mientras yo quiero ser bebé de nuevo, chuparme el dedo y dormir en mi cuna.

Creo que mi libreta de autógrafos está llena de mentiras y de estupideces que mi mamá se ha creído, porque es una de mis caras. Y sí, siento algo parecido al orgullo.

Capítulo 8

—No vayas a tirarlas —entró a la casa mi mamá, sofocándose, venía del salón de belleza. Abue Ignacia tenía en las manos el ramo y estaba a punto de partirlo en pedacitos para echárselo a la tierra de las macetas donde crecen sus geranios. Son rojos como ojos de pájaro asustado, de los que alguien pinta en los cuentos. Y fue entonces cuando ya no iba a ser hija de mi papá, y eso se me enredó con la aparición de las flores secas y el embrollo de lo que pasó después.

Todo empezó el día del cumpleaños de mamá, se irían a un centro nocturno a festejar. Me imaginaba un lugar como el planetario, al que nos llevaron en la escuela, dicen que es un techo altísimo al que le pintaron estrellas, pero yo creo que sí es el cielo de verdad, porque vi cómo las galaxias extendían sus alas, idénticas a las de las hadas, transparentes con chispas de luz, y bailaban entre las bolas amarillas y anaranjadas de los planetas.

Mi mamá se fue a arreglar al salón Orquídea, que está en la glorietita de la esquina. Se puso a ver revistas en lo que le enchinaban el pelo y le pintaban las uñas. Mi papá llegó con un ramo de girasoles pequeñitos de diferentes colores, que hasta nos espantamos porque creíamos que solo había amarillos, pero no, también hay rosas, lilas y hasta azules, y abue Ignacia los puso en el florero de cristal, no me dejó ni acercarme porque siempre rompo lo

más bonito que hay en la casa, tengo dedos de pollo según todos, aunque los pollos no tienen dedos, según yo.

Esa noche no podía dormir, me fui con abue Ignacia a su cama, a suspirar muchísimo, mirando el techo de su cuarto, del que cuelga un quinqué viejo y da una luz color yema de huevo, viejo también. Dice abue que no es viejo, sino de color oro viejo y eso es muy elegante. Entonces empecé a pensar que el quinqué era un tesoro perdido en los cajones ocultos del cielo y se mecía entre las nubes blancas del techo, escribiendo un mapa de sombras para que nadie lo encontrara.

—No te asustes, está temblando, pero poquito —susurró abue mientras me abrazaba. En efecto, el quinqué se mecía al ritmo de la cama. Cerré los ojos, mis papás bailaban hasta arriba alrededor del oro viejo.

Abue soltó el ramo con el grito de mi mamá, las flores secas se esparcieron por el suelo de la cocina como en estornudo y algunos pétalos se nos metieron entre los cabellos.

—A ver, vamos a ver si sirven —exclamó mi mamá agachándose a recogerlos con mucho cuidado, pestañeaba con un brillo en la mirada que no le conocíamos. Se puso a dar instrucciones y pronto estaban listos los mantelitos individuales del comedor con dos flores cada uno, separadas, la varita quebradiza del tallo y los pocos pétalos parecidos a las capas de cebolla, descoloridos y abiertos. Pensé en un cementerio de flores, pero mi mamá dijo que era un sanatorio, como si me hubiera leído la mente.

Se llama *arreglo de flores secas* y es lo más moderno que existe en decoración. Y es que mi mamá se levantó con una idea fija en la cabeza, dice que soñó y soñó y cuando despertó le entró desesperación por ir al salón Orquídea, para ver las revistas que había hojeado el día que fue a arreglarse para el centro nocturno. Ya había pasado una semana de eso, las revistas todavía estaban ahí,

muy manoseadas y con manchas de barniz. Se las trajo y luego compró muchas más con el mismo tema y las estudió horas y horas. Y anduvo varios días trayendo del mercado manojos de flores que tendía sobre tapetitos en todas las mesas de la casa, hasta sobre el burro de planchar.

Los pobres cadáveres de las flores fueron resucitando en nuevos recipientes de paja tejida, canastitas, alhajeros, bolsas, revisteros y también en cajas de madera, baúles, pajareras y hasta lámparas colgantes, que fue a pescar en bazares de artesanías. La verdad es que los arreglos de flores secas dan un poco de miedo, parecen fantasmas de otra dimensión, como nubes que se cuelan por las ventanas y traen consigo aromas muy antiguos. Tal vez por eso les gustan a las señoras. Mi mamá ya hizo una gran clientela entre las vecinas, las manicuristas del salón de belleza y las amigas de las tías y las comadres. Dice que en el patio de la casa va a poner un techo de lámina y unas repisas para hacer su empresa, y ya nos peleamos mi hermana, abue Ignacia, mi mamá y yo para ponerle nombre: «Siempre flores» es el que más me gusta.

Yo tengo el encargo de extender los pétalos con los dedos cuando quieren arriscarse, debo hacerlo como si los acariciara, muy apenas, como si fueran «bebés recién nacidos», dice mi mamá, para que no vayan a quebrarse. Los vigilo cada día al llegar de la escuela, y hasta hay que cantarles algo bonito según mi abue para que no se inquieten. Me encantan esos quehaceres compartidos de mucha alegría porque mi mamá ya tiene algo que le gusta hacer, sin tener que gastar dinero redecorando la casa y peleando con mi papá por todo lo mal que termina el asunto, y no solo eso, sino que ya gana su propio dinero, además de que voy oyendo cosas que ni por acá me pasaban, de antes de que yo naciera.

Mi mamá quería estudiar para azafata, porque le gustaba volar, lejos, a lugares que no se imaginaba, pero mi abuelo Bernabé, su papá, no la dejaba, porque ese no era trabajo sino pretexto para «conductas dudosas», así le dijo, «conductas dudosas». Después de

unos pleitazos de órdago con amenazas, porque abue Ignacia le decía que por qué le cortaba las alas a su propia hija, que ya bastante se las había cortado a su mujer, mi mamá entró a un curso de capacitación como prueba. Me imaginé mi vestido de hadita con las alas cortadas y me fui poniendo azul, verde, lila y hasta morada de la furia, como el ramo de hortensias que tenía en las manos. Poco le duraron sus alas a mi mamá, porque en el segundo vuelo en el que la hacía de ayudante de la ayudante, conoció a un ingeniero que iba a la nueva planta petrolera en Orizaba, quien le pidió un jaibol, le hizo ojitos y no volvió a soltarla, y ese ingeniero es mi papá.

Ya sé cómo agruparlas en ramilletes de cinco a diez flores, y atarlas con un cordón, unas deben ser altas y otras pequeñas para que no se rocen, y así colgarlas de unas alcayatas que pusimos en el entrepaño para que se aireen. Esta es una de las técnicas, porque hay otras, por ejemplo, colocarlas en un recipiente con sal de sílice que es un gel duro de color blanco o azul, o ponerlas separadas en los tapetitos. Mi mamá les rocía laca para el mantenimiento y mi abue les unta glicerina; cuando están listas, se van probando en los recipientes a ver en cuál se ven mejor.

Cuando llega mi hermana de fin de semana de su universidad, ella va poniendo caras de cuál sí y cuál no, arruga la frente, hace puchero de basca, arrisca la nariz o ladea la cabeza con ademán de que está pensando y hasta aplaude.

Ya me sé los nombres de muchas flores: gerberos, artemisas, caléndulas, campanillas, cresta de gallo, lunarias, zinnias…, las que me siguen dando miedo son las que ponemos en jarrones porque parecen muertas, no secas al estilo de las otras que adornan objetos que no sirven para poner flores vivas, como cajitas de madera o agarraderas para la cocina. Según yo, en los jarrones van las flores recién cortadas, llenas de agua, esparcen sus aromas para desmayarse de amor y sus colores se encienden cada día más.

—Según yo, no puedo de repente no ser la hija de mi papá —así le dije a mi hermana el domingo pasado, antes de que tomara el autobús de regreso para la Universidad de Chapingo. Lanzó una carcajada que hasta la cabeza se le fue para atrás. —A ver, mírame —me dijo ya que se repuso y se sonó la nariz. Me echó sus ojos encima, parpadeando mucho con las cejas fruncidas: —Mírame, mírame fuerte, con todos tus ojotes. Me crucé de brazos y la miré así, muy fuerte, escudriñando sus pupilas para ver qué escondía dentro de ellas. Se rio de nuevo, dándose un manazo en el muslo. —Órale, fuerte, más fuerte —insistió. Le eché una miradota tan brutal que saltó en el asiento y lanzó un gritito al tiempo que se tapaba la cara con las manos. —¿Ya ves que sí eres hija de mi papá? ¡Me soltaste su mirada número uno! ¡Hasta me dolió el cogote!

Ya me dejó con un coscorrón de despedida, pero no se me sale de la cabeza que un día mi mamá se fue de la casa porque «se ahogaba», así oí, que «se ahogaba», pero que no es cierto, sino que se fue a pasar unos días con los abuelos a Acapulco, el caso es que mi papá la buscó hasta allá y que la encuentra saliendo de una lancha rápida en Barra Vieja, y detrás venía el lanchero, ya se iban de manos cuando mi abuelo Bernabé, que estaba en la palapa, zampándose muy tranquilo su pescado a la talla, se atraganta con una espina y a abue Ignacia le da el soponcio.

Todo terminó en el entierro del abuelo Bernabé, con mi abue Ignacia llegando a vivir a nuestra casa y mis papás juntos para siempre jamás.

Yo vine al mundo a tiempo para ganarme el mote de «hija del lanchero». Pero son historias muy viejas que nada más se escapan de las puertas que no se cierran, como las bocas que también son puertas, y no sé por qué se alebrestan esas bocas cuando las mujeres tocan las flores secas, será que recuerdan cosas que nunca supieron y que por ahí se cuelan.

Pienso en las alas que le cortó el abuelo Bernabé a mi abuela, y entonces los pétalos secos en mis manos se ponen a bailar, y en las

alas que mi papá le quitó a mi mamá cuando la bajó del avión. Pero mi mamá encontró estas alas de las flores que pone a secar para que vuelen eternamente en los sueños de todas las mujeres que las compran. No estoy segura, pero creo que por eso ya no necesita redecorar la casa para sentir que viaja a otros espacios.

Lo único que sí sé, y lo sé muy bien, es que la flor de cosmos, con su color de algodón de azúcar, es la que más me ha gustado entre todas. Dicen que significa paz, integridad y modestia. Yo creo que solo es un suspiro que se va alejando y nos deja con la mano extendida.

Capítulo 9

Me miró detrás de los lentes y como que sonrió. Sus ojos parecían tontos, chuecos, se me figuró una rana verde con las patas movedizas escondiéndose bajo el escritorio.

Entonces supe que no era mi papá. Igualito que un rayo cuando cae en la montaña, sentí que me explotaba una bomba de luz dentro de la cabeza. Mi papá no era mi papá. Alguien había tomado su lugar, seguramente un extraterrestre, y lo había hecho con fines tenebrosos.

Yo iba subiendo la escalera hacia mi cuarto, cuando mi papá salió de su despacho con los lentes puestos. Salté hacia atrás, él nunca había usado lentes. Entonces me lanzó esa mirada y de inmediato regresó al despacho, abrió un cajón de su escritorio, revolvió cosas y lo cerró. Se quitó los lentes, los observó un momento, se los puso de nuevo y se dirigió al espejo de su baño, contiguo al despacho. Seguí la escena desde el descanso del medio piso, donde a mi mamá se le ocurrió habilitar un vestíbulo pequeñito como despacho para mi papá, con un escritorio, silla de respaldo, un puf y una puerta corrediza, y al medio baño le añadió una regadera, y juntó el lavabo y el excusado de manera que cupiera todo lo de un baño completo. Es de uso exclusivo de mi papá.

Durante el proceso en el que mi falso papá iba de un lado a otro, contemplándose al espejo, quitándose y poniéndose los lentes y

emitiendo unos silbidos que querían parecer risas humanas, fui entrando del susto al terror y terminé en un pánico paralizante.

—¿Cómo me veo? —me dijo al fin, acercándose a mí. Se me doblaban las piernas, no pude abrir la boca. No esperó respuesta y volvió al cajón del escritorio, donde guardó los lentes.

No le creí al falso papá que hubiera salido del cuerpo del verdadero papá. Los lentes no son más que una trampa. Al extraterrestre se le olvida que mi papá no usa lentes, lo caché. El falso papá que ahora se me acerca ya sin lentes me dice que aparecieron ahí, que él no recuerda si son suyos o si los ha usado alguna vez. A lo que, si pretendía ofrecerme una explicación coherente, lo único que consigue es que yo, con cada uno de los pelos de mi cabeza conectados a un cable de alta tensión, huya hacia mi recámara tratando de alcanzar mi propio corazón que se ha escapado de mi pecho.

No bajé a cenar. Me pasé asomada al vestíbulo, husmeando al falso papá, pero me quedé dormida a los pies de mi cuarto. Soñé con seres de un solo ojo que me perseguían entre cuevas grises y negras. Cada vez que encontraba una salida, era para entrar en otra cueva, tan oscura como blanca al mismo tiempo. Trataba de gritar, pero no me salía la voz. Desperté con los pasos de mi papá por la escalera y corrí a esconderme bajo la cobija.

Pasé un día espantoso en la escuela. Lo único en el mundo que yo quería es que el falso papá hubiera desaparecido. Pero no fue así. Lo primero que hizo mi papá al llegar del trabajo fue entrar al despacho y sacar los terribles lentes del cajón. Se los puso. Me tapé la cara con las manos. No quiero ver esos ojos de rana movediza en un pantano verde.

No sé por qué soy la única que se da cuenta del extraterrestre que tenemos en la casa. Nadie ha dicho ni «pío». Tal vez porque no lo han visto con los lentes. Pienso que son un mecanismo con el cual se comunica con los seres del otro planeta. Solo yo lo observo a escondidas poniéndoselos y quitándoselos delante del espejo del

baño y devolviéndolos al cajón. Por ratos se sienta al escritorio y empieza a leer con los lentes puestos. Murmura cosas indescifrables.

—¿Qué haces ahí? —me dijo hace un momento, porque me oyó toser, sentada al filo del escalón. —Estás muy colorada —insistió y vino hacia mí, yo retrocedí hasta caer de espaldas, me tocó la frente, sentí el toque de un lagarto ardiente. —¿Dónde está tu mamá? —preguntó, lancé un «mamáááááá» de alarido, pero en su lugar llegó abue Ignacia, ya no sé qué se dijeron, el caso es que tengo el termómetro puesto en la boca, mientras hilos de sudor me escurren por la cara.

Han pasado unos días. No sé exactamente cuántos, porque no fui a la escuela. Me quedé flotando en las olas blancas de mi cama mientras unas manos tratan de meterme en la boca cucharadas de caldito tibio y jarabes con sabor a pegamento.

Los extraterrestres vienen en racimos y se posan asomados a la ventana, parecen brotes de champiñones con cabeza verde y un ojo despiadado al centro, un agujero oscuro.

Cuando por fin puedo levantarme, unas manos presurosas cambian las sábanas, airean el colchón en la terraza y me lanzan al puro sol del mediodía. Entreabro los ojos, respiro muy profundo.

Me entra el cielo completo por los ojos, y con él me viene la idea más genial que jamás haya tenido. Yo también quiero un cajón para guardar con llave mis cosas. Mi papá tiene el suyo en su despacho. Ahí se transfigura en un falso papá con el amuleto de sus lentes. Pienso que todo mundo debería tener el suyo para poder convertirse en otro.

Quiero ser una extraterrestre yo también.

Hice unas pataletas tremendisísimas durante mi convalecencia. Por fin logré que mi mamá mandara traer a un cerrajero para ponerle una puertita abatible a una de mis repisas del clóset. De una vez le pusieron una igual a mi hermana, pues si llega de la universidad a fin de mes, y se da cuenta de que solo a mí me dieron

una puerta que puede cerrarse, capaz que se tuerce del berrinche. A mi hermano no, porque está castigado en la escuela militarizada.

Le voy a guardar el secreto a mi papá, al falso. Desde hace un tiempo ya no saca sus lentes. Los debe tener bajo llave. No sé si se dio cuenta de que lo descubrí.

Pero ya tengo mi propio lugar donde transmutarme. En vez de lentes, guardé una libreta de la escuela, a la que le arranqué las hojas usadas, para escribir cosas que no soy capaz de decirle a nadie, como este secreto. Es mi talismán, seguro vendrán por mí los extraterrestres para sacarme de aquí y llevarme a otro lado.

Ya quedé más tranquila y todo ha vuelto a la normalidad. A ver qué pasa después.

Capítulo 10

Me revolvía y me revolvía bajo las cobijas, como en las olas de Acapulco, idéntico al día en que estuve a punto de ahogarme. Me atrapó el reventadero de la ola, casi a la orilla de la playa. —Nomás que te toque los pies —gritaba abue Ignacia lanzándome un ojo, echada en el petate bajo la palapa. El otro ojo lo tenía puesto en una revista de bikinis. Y sí, nomás me tocó los pies y otro poquito más, y me volví para decirle: —¿Así, abue? —cuando la sabanota de agua me agarró por detrás y me tumbó en su espumarada. Abrí los ojos a una ceguera salada y las raspaduras de la arena me duraron todas las vacaciones.

El corazón se me había metido en la mera puerta del «triángulo de las bermudas»… —¿Dónde es eso, abue Ignacia? —le pregunté una vez, porque todo el tiempo andaban repitiendo eso las señoras que llegaron al té de los viernes.

Luego de unas risas bien acaloradas, me explicaron que era allá donde entran muchas cosas que nunca llegan a saberse. Ya en la noche le pregunté a mi hermana, hizo un gesto de revolear los ojos y me señaló con el dedo su propio triángulo de las bermudas, y no solo, sino que se alzó el camisón y abrió las piernas: —Mira, ahí está la puerta, ¿gustas?

Pues ahí mero se me había metido el corazón desde que la ola me atrapó por detrás, me tumbó y me puso a masticar arena mientras hacía conmigo lo que quería con sus espumas tremendas.

Y así me desperté una noche, bien revolcada en mi propia sábana y, como si me fuera dictando una voz dentro de mí, me escabullí a la cajonera de lencería de mamá. Yo sé perfectamente que los brasieres están en la repisa de abajo, los del diario van del lado izquierdo y los de gala a la derecha. Los de gala están cubiertos de encajes y tienen compartimentos para almohadillas, y brillan sus lazos en unos tonos tan bonitos que no sé cómo nombrarlos. No son como los del diario, blancos, negros o beiges. No. Los de gala parecen pecho de paloma como los de los cuentos de hadas, parecen miradas de cisne en un lago cristalino, parecen hojas de seda en un kimono japonés, así como en el libro estampado que tiene abue Ignacia en su buró. Los brasieres de gala hablan de cosas dulces, tristes, suspiran también, y guardan secretos en sus aromas, los aromas de mamá que son muchos, a flores vivas, rozagantes, ardientes, juguetonas, llenas de agua…

El rosa que parece azul que parece gris que parece una perla en su concha nácar. Ese fue el que mis ojos, abiertos como dos cacerolas locas, descubrieron hasta el fondo del cajón. No lo va a usar mañana, estoy segura. Es para ocasiones especiales. Así que «pum pas pum», le di un tirón antes de que me arrepintiera.

La puerta del triángulo de las bermudas hasta me zumbaba, me escabullí de nuevo hacia mi recámara y me metí bajo las cobijas hasta la cabeza. No sé cuánto tiempo pasó. El brasier con la fragancia de mamá estaba apachurrado entre mis manos.

Hice lo que tenía que hacer. Aspiré una enorme bocanada de aire, tal como recomienda abue Ignacia cada vez que se te revuelve la cabeza. El aire todo lo limpia y lo serena. A tientas me quité la camisa del pijama. Me acomodé el brasier como Dios me dio a entender. Un remolinito me cruzó la espalda, desde la nuca hasta el famoso triángulo de las bermudas y tocó la perilla de su puerta.

Descorrí la cortina para que entrara una diagonal de luz del farol y me miré al espejo. En mi cabeza, era yo una sirena saliendo del océano en su concha recién abierta. Qué noche de luna seguía mi

viaje en altamar reflejando el esplendor de mis cabellos llenos de rizos como nuevas olas. Las estrellas me saludaban salpicando de risas el paisaje. Una noche de montes de agua que van y vienen chocando sus espumas, resoplando, gimiendo, evaporándose. Sirena de pechos abiertos a un temblor desconocido.

Pero el gallo cantó. El mundo iba a iniciar su cuenta de minutos en todos relojes.

Todavía le robé un guiño último al espejo, los ojos del brasier de gala me miraron con envidia.

Lo supe cuando los deposité con cuidado en el cajón de mamá, antes de que se acabara el hechizo.

Segundas puertas

Capítulo 11

¿En qué momento se me ocurrió?

¿En qué momento ocurrió?

¿Qué ocurrió?

Así zumban las avispas alrededor de mi cabeza pasando los días. Porque desde aquella noche se me atrabancan estas preguntas entre los renglones de la tarea, en la mordida del sándwich durante el recreo, en las sonrisas salerosas de mamá que platica sus triunfos de la feria en la que acaba de exponer los diseños exclusivos de sus flores para regalos del Día de San Valentín. Se fue a Cuernavaca en un viaje de fin de semana al concurso donde se rifarían tres bodas en haciendas de Morelos, adornadas con los mejores arreglos.

Ella explica muy detenidamente por qué sus diseños de flores secas son un lujo «ab-so-lu-to», así lo repite, «ab-so-lu-to», y una sorpresa «for-mi-da-ble», porque Cuernavaca es el paraíso de las flores vivas. O sea, nadie pone flores secas, ni se les ocurre. Pero mamá ha creado un estilo que hace de las flores secas una novedad a la que no se pueden resistir las novias modernas.

Papá mira su sopa de fideos y dice: —Ufff…

No sabemos si se refiere a la sopa, si quiere decir que está buena o que está horrible, o si se refiere a lo que mamá está contando, si quiere decir que la felicita por sus ocurrencias o que no entiende a las novias modernas.

Abue Ignacia no se espera a descifrar. Le planta otro cucharón de sopa al plato de papá y asunto arreglado.

Le doy vueltas a mi anillo de aguamarina que me regalaron en mi cumpleaños número doce. Está en mi dedo de en medio porque en el anular me queda grande. Es un cuadrado azul recostado en un columpio dorado. El mar se mece quietecito y yo me meto ahí, hecha una burbuja, con los ojos abiertos a una inmensidad que me lleva quién sabe dónde.

—Ándale niña, ya estamos en el postre —me dice abue Ignacia, dándome un toquecito en el hombro para que me avispe.

Pero no me quiero avispar, porque vienen las preguntas que me dan de vueltas y me suben a una rueda de la fortuna lenta y pesada como el brazo de papá. Ay, ya lo dije en mi cabeza. Ya aparecieron las palabras. Salieron de las avispas, estoy segura. Las vi cómo brotaban de la panza de las avispas y se me plantaban delante de los ojos.

El sábado en la tarde que mamá está de viaje en Cuernavaca, se me ocurre buscar en su tocador los frasquitos de perfume que me fascinan y ella no me deja ni tocar. Seguido me siento junto a ella cuando se arregla y se pone a escoger cuál se va a poner ese día, a veces me deja olerlos mientras yo hago caras de delicia o de empacho. Solo uno que otro me da empacho, como si me hubiera metido en un clóset muy viejo, oscuro, donde pasan cosas raras que no se entienden. El caso es que ya sé cuál es el perfume que me pone a soñar con un jardín de agua, voy flotando en un manantial, mi pelo es largo, pero no se moja, miro estrellas de día y no me da pena estar desnuda porque el aroma me arropa como una mantita tibia en la que soy tan buena que abue Ignacia puede contarme historias hasta que me duerma…

Me pruebo las zapatillas de tacón de mamá, las de trabitas rojas y las puntas negras. Doy unos pasos por su recámara mientras me observo en su enorme luna. Todavía hecho la cabeza hacia atrás y la cabellera esplendorosa que imagino tener se convierte en una crin

dorada antes de que se me enchueque el pie y se rompa el tacón, porque papá va llegando a casa, oigo el motor del coche, la puerta del zaguán, los pasos por la escalera mientras escondo todo bajo la cama. En el último instante me pongo la bata de flores amarillas de mamá y me meto bajo las cobijas en el lugar que ella ocupa. Cierro los ojos.

Papá entra, supongo que me mira, dice: —¿Qué haces acá? — pero ya no obtiene respuesta.

Espero a que vaya al baño, se ponga la pijama, se acueste en su lugar y apague la luz. De inmediato lo escucho roncar como si le pagaran, es como un ferrocarril que cada tanto hace paradas, resoplando para tomar nuevos bríos. Es casi imposible dormir. No sé qué diablos estoy haciendo aquí. Quiero ir a mi camita. Le doy vueltas a mi anillo de aguamarina, no alcanzo a ver su piedra azul porque está oscuro, pero puedo imaginar que voy haciéndome pequeña como una burbuja, hasta doy el brinco hacia el agua marina que se columpia en su hamaca, me huelo los dedos que llevan el perfume de mamá…

¿Es un sueño?, ¡sí, un sueño de patas arriba! Tengo un brazo encima de mí, pesado, cruzándome todo el cuerpo. No puedo moverme. No es posible, creo que el corazón se me va a salir por la boca, siento que el techo se me va a venir encima. Es el brazo de papá como un animal pesado sobre mi pecho, me falta el aire. Pienso que si me muevo se dará cuenta y se enojará muchísimo conmigo. Los tambores en mis oídos son tan fuertes que no alcanzo a distinguir si está roncando o no. De repente dice unas palabras que no comprendo. Su cuerpo se me acerca un poco más y el brazo se aferra. Entonces, no yo, porque no recuerdo haber tomado la iniciativa, sino algo, como un resorte que despertara en las células de mi cuerpo, como si estas células tuvieran vida propia y se pusieran de acuerdo mandándose el mensaje al unísono: «órale, vamos a convertirnos en resorte», me escabullo del brazo de papá.

Ya estoy dando zancadas por la recámara tratando de apagar el incendio que siento adentro, tomando bocanadas de aire como me enseñó abue Ignacia, mientras pienso: ¿qué hice? No sé si me erguí lanzando el brazo de papá lejos de mí y me levanté de la cama. ¿O será que me escurrí debajo de su brazo como una lombriz hasta caer al suelo?

No entiendo cómo no puedo recordar algo que acaba de ocurrir. —Debe ser el terror —dice abue Ignacia que lo peor de lo peor no es el miedo, sino el terror, que el miedo lo presientes y sabes que lo provoca, pero el terror es una boca de lobo en la que de pronto entras sin ver ni entender.

Ahora que mamá habla de sus guirnaldas para las damitas, no sé por qué entré a esa boca de lobo, estamos comiendo la natilla con pasas que preparó abue Ignacia y está exquisita. Para qué vengo a pensar en todo esto. Luego de esa boca de lobo me fui a mi cama a temblar hasta que amaneció y papá despertó al día siguiente tan campante. ¿Se dio cuenta de lo que pasó? Tal vez me confundió entre sueños con mamá, por eso anda como si nada. Lo bueno es que en un tris ya estaba yo fuera de su recámara, él ni se movió, siguió roncando todavía más fuerte. ¿Será qué lo soñé y nomás ando inventándole cosas?

Tal vez estoy «media lurias», como dice mi hermana, o ya estoy entrando en esa edad en la que las señoras te miran como si te espiaran o te olieran las faldas.

Abue Ignacia me invita a dar la vuelta por el parque. Mamá bosteza alzando sus brazos con todo su cuerpo, los vellos de sus axilas sonríen de gusto. Papá se limpia con la servilleta y se levanta para regresar al trabajo. Siento que todos son buenos y se van a ir al Cielo. Pero yo traigo colgando una cola apestosa.

Por lo pronto, meto a las avispas en una cajita, junto con todas estas palabras.

Capítulo 12

Pues ya me volví insoportable. Es lo mejor que me ha pasado. Todo el día me están preguntando que cómo me siento. Antes yo era solo un duende husmeando los agujeros de la casa por donde colarme, un duende de capucha roja y pijama verde como los enanitos de *Blanca Nieves*. Pero no, era solo el ratón al que se le saca a puro escobazo, porque eso son las frases de «quítate de ahí», «¿no tienes otro lugar para estorbar?», «¡deja en paz mis cosas!», «oh, ya me cansaste», «salte y cierra»… —Acá no hay puertas, ¿no te has dado cuenta? —me daban ganas de contestar. Ese es el problema, que no hay puertas, y si las hay no se usan, porque en esta casa así es y yo no tengo un lugar a donde «salir», o sea, no tengo un lugar a donde «estar». —Ya vente, acompáñame a suspirar —me dice abue Ignacia, así que nos echamos en su cama a mirar el techo y a suspirar, a ver quién junta más aire en cada suspiro, ella termina con unos lagrimones que bajan como gusanito hasta las sienes y yo me acurruco pensando en cosas demasiado profundas, como que mamá tiene los ojos raros, ve puntos en las paredes durante largo rato. Los arreglos para el otoño no avanzan, las ramas hay que ponerlas al sol, más bien al tornasol, las espigas se esparcen en briznas que no llegan a cuajar.

A mí me llegó la marca, y por eso tengo derecho a ser insoportable. Mi hermana va a iniciar su servicio social y ha venido a pasar unos días a casa, para ver cómo va todo este

«merequetengue», dice, espero que esta vez no haya un cataclismo. Lo dice así, frente a mamá y abue Ignacia, en la cocina, mientras preparamos una ensalada de berros con palmitos y alcachofas.

—¿Qué pendejada es esta? —exclama mi hermana con los ojos fruncidos.

—Tu mamá está a dieta, mijita —dice abue Ignacia—. Y la vamos a apoyar.

Mamá como que no oye, está removiendo la jarra de té de limón con yerbabuena, mientras yo corto las rodajas de naranja que le darán «un toque de dulzura», así dice mamá para muchas cosas, hay que poner un toque de dulzura a las cosas, aunque hace tiempo no lo ha vuelto a decir.

—No jodan, voy por carnitas. Vente, chaparra.

Y de un tirón me saca de la cocina, trotamos por el pasillo del patio y abrimos la reja del zaguán. Mi hermana tiene ese poder, no dice «pu» ni «pa», hace magia con sus ademanes, su cuerpo es una interrogación que se dobla y se desdobla, como la clave de sol en el piano que nos está enseñando el maestro de música de la escuela.

Me gustan sus manos que pajarean por el teclado a la hora de la tarde cuando más sueño tenemos en el salón, es la última clase de los viernes, y cuando termina el solfeo se pone a tocar a ritmo de jazz, dice que nomás improvisa, que el jazz es dejar al cuerpo ser, en este caso, a las manos, más aún, a los dedos, ellos solos viajan por el mundo, se pierden entre las notas, quién sabe hasta dónde van, déjalos ir, que abran puertas que nunca han descubierto, que recorran caminos desconocidos, que se lancen en picada por el precipicio de un sonido a punto de explotar, pero, hay que rescatarlos en un momento dado, por eso hay que jalarlos de regreso con una cuerda invisible que se llama acorde y se sienta sobre las teclas, te abre los ojos nuevamente y parece que un globo de sol se te depositara en las pestañas.

—¿Cuándo hay que rescatarlos? ¿Cómo sabemos en qué momento? —me escucho preguntar, aunque tal vez no pronuncio las

frases. El maestro se vuelve hacia mí, y continúa como si me hubiera escuchado:

—No sabemos cuándo. Nunca se sabe. Solo lo sentimos en el momento necesario.

Me he olvidado de la marca que llevo en el cuerpo. Pero la marca no se ha olvidado de mí. Corro al baño, a pesar de todas las protecciones tengo que enredarme el suéter del uniforme a la cintura, para que sirva de una doble falda. Parece que el ritmo de jazz me hubiera sacado de golpe todo el manantial que debería brotar lentamente durante los cinco días que me corresponden.

Llego de la escuela con la voz del maestro en mi cabeza, cuando la escena de la cocina.

Nos zampamos tres tacos cada una, maciza, chicharrón, costilla y cebollitas asadas con salsa borracha, mientras preparaban lo demás. Mi hermana compró un kilo de todo para llevar.

—¿Que ya estás insoportable?, me contaron, chaparra. ¡Ahora sí te vas a desquitar, bravo por ti! Ya te ganaste ese derecho.

Es la primera vez que mi hermana me mira como a una igual. Me cuenta de un cabrón con el que andaba saliendo y cómo se deshizo de él. También me explica, casi con lágrimas en los ojos, cómo cura a los becerritos machucados por las patas de la madre, a veces la madre los rechaza.

—¿Los rechaza? —exclamo.

—Sucede en todas las especies, incluida la nuestra. ¿O tú crees que mamá nos tiene en un altar de adoración? ¿Crees que abue Rosenda siente que papá es un ser grandioso que vino a cambiar el giro de los planetas para el bien común?

—¿Y abue Ignacia..? —susurro con el corazón apretado.

—¡Abue Ignacia! —exclama con los brazos al cielo y los ojos en blanco—. Debe haber un paraíso para las abues Ignacias, uno

enorme, completo, para ellas solas, sin hijos, con muchos pajaritos y donas de chocolate…

Suelta una carcajada que hasta los taqueros tiemblan.

—Trabájame otra cheve bien helada, por acá, compañero —pide al aire, con ese giro de su brazo que escribe una interrogación hacia arriba—. Ah, pero en ese paraíso estás tú también, chaparra, eso que ni qué.

Ella encuentra las palabras para traerme de regreso, «en el momento preciso», como dice el maestro, antes de que me pierda por una puerta desconocida.

—Cuando te duela horrible, hazle caso a la abue, tómate todos los tés que te prepare, y déjate chiquear, y haz uso de tu mal humor, ¡vieras cómo sirve! —me toma del hombro mientras salimos de la taquería, con otra carcajada, menos fuerte, pero más melodiosa.

Sé que vienen escenas en las que no quiero entrar.

Capítulo 13

Uno, dos, tres y vuelta a la derecha. Uno, dos, tres y vuelta a la izquierda. Con sus mayas negras y su payasito rosa delante del espejo que se mandó comprar para la pared de la sala porque ¿dónde habría más espacio?, mamá parece artista de cine. El tocadiscos a gran volumen y el «Vals de las flores» llena la estancia, sale por las ventanas mientras mamá se dobla sobre sí, y brinca como si quisiera volar.

Mi hermana aplaude con vítores y silbidos cada vez que pasa por ahí, anda en chanclas por la casa, desacomodando todo, dice que hay que probar nuevos enfoques de la realidad: —Nomás ponle un rebozo al respaldo del sofá, y en vez del cuadro cuelga un sartén viejo con una de las ramitas secas de mamá, y verás —me dice guiñando el ojo al tiempo que me da un coscorrón de mentiras y suelta el cacareo de su carcajada que pone a papá con los nervios de punta.

—Qué bueno que mamá está con esto del baile —murmura abue Ignacia. Le pregunto por qué y como que se distrae con algo y ya no me contesta. Papá bufa cada vez que mamá vuelve a poner el «Vals de las flores», pero mamá está concentrada. Ha bajado como cinco kilos con la dieta que sigue, una de sus clientas le pasó el menú que ella ha tomado por religión.

—La señora Leonor quedó pri-mo-ro-sa, parece una jovencita de revista de modas —así empezó mamá, el día que llegó con el

cuadernito en la mano y fue como un milagro, sus ojos volvieron a brillar y ya no se quedaba mirando puntos raros en las paredes.

—¿Para qué quieres bajar de peso?, así estás bien —se atrevió a decir papá.

Mamá empezó a temblar, primero poquito, después más, las manos parecían gelatinas y apenas pudo exclamar:

—¡Tú nunca me apoyas en nada, mejor no empieces, mejor no abras esa puerta! —gimió.

—¿De qué hablas, de qué hablas? ¡Haces todo lo que se te da la gana! —responde papá con su mirada número dos, un poquito antes de la uno.

Pero la mirada que le devuelve mamá es de bronce, labrada en piedra.

Demasiadas veces le he preguntado a abue Ignacia que a cuál puerta se refería mamá. Ella solo me decía, «deja, hija, no hagas caso». Yo insistía, «son cosas de matrimonios, no pasa nada, hija».

—Bueno, pues yo tengo la marca de insoportable y estoy por cumplir los trece años, por eso tengo el derecho a seguir insistiendo, mi hermana sí me entiende.

Abue Ignacia sabe que no voy a ceder.

—Hay puertas que, aunque no las veas, están…

—¿Puertas cerradas? ¡Qué maravilla, yo quiero una de esas!

Nos reímos las dos como si estuviéramos haciendo una travesura es-tu-pen-da.

—No las ves, pero siempre están abiertas, lo que tu mamá quiere decir es que no hay que cruzarlas porque llegas a lugares desconocidos.

—¡Pues qué genial! ¡Es precisamente lo que yo quiero!

Esta vez ya no nos reímos. Nos miramos un momento a los ojos y mejor suspiramos cada una en su burbuja.

—El problema, hija, es que luego quiere uno regresar a donde estaba, pero ya no se puede… como si te jalaran o te hubiera chupado la bruja…

—¡Ay, abue! No me salgas con esa pendejada… —me doy cuenta de que he dicho esta palabra enfrente de la abuela y algo como una cajita de reloj de pared, con pajarito, sale de mi pecho anunciando felizmente esta hora.

—¡Ay, hija!, ojalá fuera nomás pendejada, y solo te dejo hablar así porque… la bruja es una forma de decir que es un ser que llevamos dentro las mujeres.

—¡Uy… ya conozco a ese «ser», abue chula! —entra mi hermana al cuarto de la abuela justo en lo mejor de la plática. Suelta una carcajada que parece un corral de puercas en celo, así la veo, con las cosas que me cuenta de su práctica veterinaria, ella anda como pez en el agua en los ranchos de Puebla y Veracruz.

—No presumas delante de los pobres, mijita —le dice la abuela en un tono que me conozco, es cuando hablan en doble sentido para que yo no entienda.

Los viajes de mamá empezaron a espaciarse y eso la puso triste, me había explicado la abuela. Pero mi hermana me dijo que siempre hay otras razones detrás de mamá.

—¿Por qué crees que empezó con la locura de la dieta? ¿Para qué empezó a hacer gimnasia y ahora le ha dado por pulir la figura en baile?

—Pues, ¿para verse más bonita?

—¿Quién tiene que verla más bonita de lo que ya es?

—¿Papá?

—Papá ya le dijo que se le habían puesto flacas las piernas, ¿no lo oíste el otro día que estuvieron discutiendo?

—Ya déjala, carambas —interviene abue Ignacia, que se aparece como fantasma en cada rincón, casi no me deja a solas con mi hermana.

—Pues ya sabes por qué dije que venía a ver el merequetengue que se estaba armando en esta casa… a pesar de todo, tengo

padres. Aunque prefiero a mis cabras, a mis perros y a mis mulas.

No quiero que mi hermana se vaya, esta casa va a ser una de esas puertas abiertas que no se ven, siempre abiertas, por las que no se debe cruzar. Ya estoy sintiendo a la bruja que vive dentro de mí. No es como la escaldufa de los cuentos, con escoba, sombrero de pico, nariz de gancho, con un solo diente y voz rasposa.

Esta bruja que vive en mí se parece a un cisne que viaja por un estanque del color de un espejo. El cisne se yergue en una interrogación perfecta, conforme crece su cuello, la cabeza gira hacia mí, mirándome, entonces las plumas que eran blancas parpadean como el negativo de una fotografía a toda velocidad, mi cisne es oscuro, aunque conserva la blancura, sus ojos son los ojos de todos los animales de los bosques, iguales a los que mi hermana me cuenta, redondos, despiertos, picudos. Mi cisne salta del estanque y se coloca detrás de mamá en el espejo de la sala. Asoma la cabeza detrás de su hombro, como si estuviera susurrándole algo, mientras mamá cobra nuevo brío, uno, dos, tres, vuelta a la derecha, más, gime mi cisne, uno, dos, tres, vuelta a la izquierda.

En el momento exacto, mi cisne que es mi bruja levanta a mamá por el talle y nos echamos a volar por la ventana para que nadie nos alcance.

Terceras puertas

Capítulo 14

«¿Me vas a hacer feliz algún día, morena?».

No me puedo quitar esa frase de la cabeza, la tengo pegada como si fuera miel y llegaran todas las abejas del mundo por mí, revoloteando, picándome en los oídos, en las pestañas.

Aunque tengo el pelo oscuro y los ojos también, nunca nadie me ha dicho así.

—Vente, morena, toca conmigo el acompañamiento —ahora lo dice enfrente de toda la clase; ellos ríen bajito y se cuchichean, ellas me tienen una envidia tremenda, la siento en la espalda mientras me levanto de mi pupitre.

Y ya voy irguiendo el cuello, siento las púas en la cabeza, son todas las abejas-miradas del salón donde tomamos las clases de música. Camino hacia el piano en medio de un resplandor. Ya saben que soy la preferida.

El maestro sí es moreno, mucho, pero tiene unos ojos verdes que te marean. Compás en la, do y la, y repites, dice en voz alta, y muy bajito me susurra que «cuándo lo voy a hacer feliz». Me vienen las marejadas, como si entrara en sus ojos que no quiero mirar porque te jalan. Empieza sus improvisaciones en la melodía mientras yo marco el ritmo que me indica en los acordes.

Pero yo ya me escabullí en mi cabeza y andamos en una lancha a pleno sol, los peces brotan, brincan, se lanzan de nuevo al agua incapaces de soportar la dicha. La, do, la. Me imagino ya de

veinticinco años, que, para sus veintiocho, hacen buen juego, mi vestido es amarillo de lunares blancos, parecido al que usó mi mamá en el viaje a Acapulco, y él me ofrece un cigarro, entrecierro los ojos en el humo lentísimo. Lo único que quiero en el mundo es que me bese.

Sí, lo voy a hacer feliz, porque yo también quiero ser feliz. El mar es una dulce compota de membrillo, bailan los peces con sus colas brillantes. Puffff. Suena la campana, se acaba la clase. Todos corren hacia la salida. —¿Me esperas un momento, morena? —me dice tocándome el brazo para que no me levante del piano. Ahí, justo donde me toca el brazo, siento como si sus dedos fueran brasas de carbón al rojo vivo, pero no queman, solamente me hace respirar muy rápido.

Veo que los demás se asoman por las ventanas, dando brincos. Yo sé que en cualquier momento voy a caer rendida en sus brazos. Es exactamente lo que quiero, cerrar los ojos, no saber, caer en las olas de la Quebrada, en su remolino azul de espumas que acarician y hacen reír y llorar y ser el pez de plata con su cola movediza, ay, los soles bajo el agua son como un millón de medialunas en una noche al revés.

—¿Ahora sí me vas a hacer feliz, morena? —estamos de pie junto al piano, ¿a qué hora nos paramos? Ha puesto sus labios en los míos, sí, lo hizo brevemente, pero con fuerza, ya se separó y me tiene de los hombros y me mira. Siento que estoy alucinando. Sus labios son como dos tiras de pegamento transparente en los míos. No saben a carne, no sé a qué saben. —¿Me vas a hacer feliz algún día? —alza la voz. Respiro con agitación. En un tris él toma su bufanda, la que siempre trae a clase, su carpeta de piel con las partituras y lecciones de solfeo. Se ha puesto furioso. —Soy un estúpido —dice. Sale del salón como una ráfaga negra. Los demás, que espiaban por las ventanas, se escabullen.

Me quedo paralizada, segura de que estoy en una historia equivocada, que esto no ha ocurrido. No sé cuánto tiempo pasa.

Estoy sentada en una de las bancas. Dos de mis compañeros entran sigilosamente a ver cómo estoy.

—¿Te pasa algo? —dicen.

Niego con la cabeza.

Me pasa todo, pienso. Porque el remolino azul del agua con sus espumas que acarician y ríen y hacen llorar no me dejará respirar de aquí en adelante.

¿Se puede una quedar muda, así como así? Puros «sí», «ajá», «no», «gracias». El cuerpo habla por mí, me dice cosas todo el tiempo, las manos tiemblan cuando quiero alcanzar un vaso del anaquel y se me cae, ya me sé la retahíla de abue Ignacia, mejor recojo todo y limpio. Mis sienes parece que tienen vida propia, como si fueran unas medusas que se me hubieran pegado a cada lado de la cabeza, y me picaran chupándome la sangre a cada rato. Mi cabeza es una rueda de la fortuna que cuando sube a lo más alto dice «¡ah…!», y cuando está en lo más bajo dice «¡oh…!». Mis ojos son avispas, de acá para allá. En el centro de mí, en la palpitación más incomprensible, ahí donde se esconde la perla del triángulo de las Bermudas, hay un polvorín muy loco, arde, y también es húmedo, viscoso, como si tuviera un ala de pollo crudo metido ahí.

Pero nada como mis pensamientos. Esos son mechones de pelo arrancados y sueltos por allá. Son franjas pintadas en una pared que no da a ninguna parte. Y no sé cómo recogerlos y ponerlos otra vez de pie.

Me fui a mi libreta de secretos, a ver si por ahí encuentran un lugar. Pero nomás me salen frases como estas, que solo me ponen los nervios más de punta.

En estas condiciones, en las que mi mamá baila en la sala y abue Ignacia me mira de reojo como si me hubiera picado un alacrán, y bueno, mi papá es siempre mi papá, pasa una semana hasta la siguiente clase de música. El maestro llega tarde y entra directo a

dar lecciones de solfeo. Nunca da solfeo porque sabe que todos lo odiamos, y todos sabemos que él lo odia más. Nos quedamos en silencio. Trato de no alzar la vista, aunque estoy en la primera fila. Termina antes de la hora, y «con además rimbombantes», así dice mi mamá cada vez que un actor exagera en la telenovela, se pone su bufanda al cuello, y la hace volar en su retirada hacia la salida.

Estoy peor que nunca. Soy horrible. He echado todo a perder.

Aprovecho que mi hermana habla por teléfono para preguntar por los pormenores de la fiesta de aniversario de mis papás, y me suelto llorando con ella, así, sin explicaciones. —¿Qué te hicieron? ¿Quién fue, mi papá con sus trancazos?, ¿mi mamá con sus pendejadas? —la oía preguntarme. No, no, no fue nadie.

Me dejó que llorara a mis anchas, con lo que pronto me calmé. Ya entre mocos y balbuceos le dije:

—Es que alguien… o sea… alguien me dio un beso así de pronto, y luego ya no me habla. Pero no te puedo decir quién.

—Ah, ah, ah… no seas bruta, chaparra, ¿por eso lloras? —y se rio, pero no de burla, sino de cariño—. Que vea que te importa un rábano y diez gramos de sancocha. A estos cabrones no hay que darles más que el veneno de la indiferencia, por eso prefiero a las bestias, ya sean mulas, cerdos o bueyes, a esos nomás los alimentas y te miran con ojos dulces y felices… y hablando de dulces, anda, cómete un churro con chocolate.

Eso hice, se lo pedí a abue Ignacia, a la que no había podido ver a los ojos en toda la semana. Cada vez me gusta más mi hermana, o sea, que ella sea como es.

No sé por qué, pero mi mamá está triste, aunque trata de que no se le note, se toca los brazos, se toca los pechos, se toca los muslos, y suspira como gallina a la que le hubieran robado los maicitos.

No sé qué vamos a hacer las mujeres de esta casa.

Capítulo 15

También mi hermano viene a la fiesta. La abuelita Rosenda y abue Ignacia se han peleado hasta con el molcajete sobre qué prepara cada una para el coctel.

—Coctel —dijo mamá—, quiero un coc-tel, que luzcan los vestidos largos y las zapatillas, que para eso tenemos cuerpo… —agregó y abrió los brazos en una sonrisa franca, exponiendo el suyo al sol de la terraza, apenas cubierto por una fresca mañanita de gasa. Me llegó el olor de sus axilas combinado con el perfume que ciega, uno pesado como sombra movediza. Algo se me agitó por dentro, yo también quiero participar en estos preparativos.

Así que no hay mesa tradicional con sillas alrededor. La sala se convierte en lobby para coctel, tal como mamá muestra en las fotografías de la revista que ha elegido como inspiración. Habrá bocadillos finos, antojitos miniatura mexicanos, y copas largas, copas cortas, servilletas con ribetes dorados y un mesero con charola plateada para ir sirviendo las bebidas. Se me revuelca el pez que llevo dentro.

—Vente, chaparra, vamos a preparar los arreglos de *Siempre flores* para el cumbión.

—¿A poco va a haber cumbia? No creo que a papá le guste…

—Pero a mí sí —ahí va la carcajada de mi hermana cocinándose a fuego medio.

El nombre de la empresa de mamá quedó en *Siempre flores*, porque significa exactamente el espíritu de la flor, según nos explicó en una sobremesa de domingo:

—La razón de ser de la flor es su belleza, atraer a los insectos para que chupen de ella el néctar de la vida y se lo lleven en el pico regándolo por todas partes para fecundar nuevas plantas, luego marchitarse y morir… —mi hermana que había llegado a pasar el fin de semana arqueó las cejas y abue Ignacia le dio una senda patada por debajo del mantel, que hasta a mí me dolió. Entonces no entendía ese juego de sentidos, pero ahora ya sé de qué se trata todo este relajo.

No sé si mamá se dio cuenta o más bien escuchó lo que sus propias palabras estaban diciendo y se quedó callada unos momentos, sopesando la idea, un ángel triste pasó por sus ojos, lo vi, pero ella tomó de nuevo aire y continuó:

—… su belleza no es duradera, pero su esencia, su néctar, es para siempre. Siempre hay flores, todo el universo se pinta de colores y de aromas que hechizan, mis flores secas cumplieron su cometido en la vida, pero, gracias a mis manos, su belleza se transforma y queda para que la disfrutemos.

Mi hermana quedó boquiabierta. Yo, hechizada por mamá. Papá fue sopeando lentamente su taza de lentejas, atragantándose de tanto en tanto con un trozo de tortilla, intentando pasar inadvertido. Pero también miraba a mamá, de reojo, y le temblaba la barbilla. Hacia el final, ya se había ido a ver el futbol, gracias a Dios. Abue Ignacia miró a su hija con la profundidad de una sonrisa que no se atreve a crecer y la dulzura de una compota de guayaba en vísperas de Navidad.

Hasta mamá sacudió la cabeza, como reflexionando de dónde le habían venido estas frases. Desde entonces mi hermana ya toma muy en serio la empresa, y cuando abue Ignacia le contó por teléfono que mamá había regresado rara de su último viaje de una

boda en Tepoztlán, y que empezó con dieta y gimnasia, mejor se vino a pasar acá sus vacaciones antes de entrar a su servicio social.

—Es que su contacto ya no le ha llamado para más pedidos —le expliqué a mi hermana mientras preparábamos el arreglo central que iría encima del trinchador: un ramo de novia enorme hecho de semillas, varitas y el toque blanco de los cosmos con sus petalitos como de alas de libélula.

—Obvio, chaparra, el tal «contacto» ya la dejó, y ella se sintió vieja, seca, como sus flores, que por más que hagas no dan el néctar de las vivas —mi hermana desgranó estas frases lentamente, como si hablara de otra cosa, mientras ladeaba la cabeza buscando el mejor ángulo en los elementos del ramo— pero no te preocupes, ahorita ya se contactó otra vez.

—¿Cómo que se contactó otra vez? —yo no quiero entender, no quiero entrar por esa puerta, entonces no sé por qué pregunto, se me va la lengua, es mi lengua la que sale a husmear por donde no debiera.

—¡Pues con ella, con ella misma!, ¡qué burra eres!, ¿no la ves radiante? ¿Por qué crees que está armando todo este mitote de sus bodas de plata? En el Poli dan una medalla de plata al mérito a los veinticinco años de docencia. Palabra que les voy a regalar una medalla al mérito, se lo merecen, con el lema: «juntos, pero no revueltos»… —la carcajada es tan larga, que la hace toser. Me da un coscorrón de mentiras y me toma del brazo para bailar una cumbia que ella misma canta entre carraspeos: —«Oye, Salomé, perdónalaaaa, perdónalaaa. Oye, Salomé, perdónalaaa, perdónalaaa».

Me siento muy feliz, de pronto, pienso en mi hermano que ya no tarda en llegar. Él me estaba enseñando a bailar en su cuarto cuando papá lo sacó a jalones y se lo llevó a la militarizada.

Mamá es una rosa altiva, fragante en su tallo, majestuosa baja por la escalera con su vestido rojo, más rojo que el Mar Rojo, más rojo que el crepúsculo y la aurora juntos y a la potencia. Mamá es un volcán rojo que se desliza en su vestido de lava con la frente en alto, respirando en cada pétalo, regocijada de sí, en la verbena de miradas/insectos que la siguen, con la copa en la mano, paralizado el bocadillo a medio camino hacia la boca.

Papá está sonriendo, en su traje nuevo perfectamente ajustado a su figura de toro que marca con la coz su espacio, henchido de orgullo, adelanta el brazo para tomarle la punta de los dedos en los últimos escalones. No sé si me provoca más miedo así que cuando está lanzando su mirada número uno. No logro captar qué mirada es esta que le suelta a mamá en un instante largo que se parece a un hechizo o a una amenaza. Se hace un silencio sobrecogedor.

Dos, tres segundos… Y arranca a todo volumen el «Vals de las flores» en el tocadiscos. Los oes y las aes se esparcen entre los invitados, aplaudiendo a la pareja que baila en el centro de la sala. Se les unen otras parejas, se intercambian, todos los hombres quieren bailar con mamá. Papá termina bailando con abue Ignacia y con doña Mefista, o sea, abuelita Rosenda, respectivamente. Una vez terminada esta pieza, viene una mezcla de ritmos y todo mundo se lanza como le da la vida.

Mi hermano aparece de improviso, me sopla el cuello por detrás mientras estoy dándole un sorbo al vino espumoso tratando de que nadie se dé cuenta:

—¡Llegaste!, ¡llegaste! —me doy la vuelta y lo abrazo con todas mis fuerzas, está más alto, trae el pelo largo hasta los hombros, creo que más largo que el mío, viste un saco blanco y camisa negra sin corbata, parece un rebelde sin causa de las películas de rock, demasiado guapo.

Y para qué digo rock, mi hermana se ha puesto un largo vestido *strapless* color botella, con una abertura «aterradora» al lado, así le dijo abue Ignacia, esa abertura es «aterradora», a lo que mi

hermana le enmarcó la cara con ambas manos y le dio un beso justo en la punta de la nariz, ya qué, ya está jalando del brazo a mi hermano a la pista improvisada que no es si no la alfombra persa de la sala, y ambos se echan unos giros frente a los más viejos, quienes nomás sacan la lengua como perros acalorados. Le doy varios tragos a las copas a medias que se han quedado en el trinchador, y esto basta para que entre al ruedo, con mi vestido color durazno hasta la rodilla estilo Chanel, mi fleco muy peinado y mis zapatos de tiritas sin calcetas, como insistí hasta la muerte con mamá. —¿Y si se enoja tu papá? —¡Pues que se enoje! —contesté. Por primera vez en la vida, la oí decir: —Tienes razón, ponte lo que quieras.

Allá voy, como pez en el agua, que es más bien una pecera de brazos, piernas, pelos, patadas y jalones, risas llenas de burbujas, jadeos y canciones, se me revuelcan todos los animales que traigo en mi cuerpo, todos, las víboras en los nervios, los caimanes en la panza, las hormigas en los dedos, el pez espada que es terrible porque me atraviesa de cuajo el esternón, mientras paso de unos brazos a otros, de un pisotón a otro, entre trocitos de bocadillos aplastados y merengue del pastel. Hasta abuelita Rosenda está chupándose los dedos llenos de salsa borracha y taconea a gusto con don Gamaliel, el dueño de la fonda de la glorieta de la esquina que no sé cómo se coló a la fiesta. Si no estoy viendo visiones, mi hermano y mi papá se dan el abrazo de Acatempan mientras tratan de no caerse en los escalones del patio. Mamá se sube a una silla con una copa alta en la mano, toda ella es como una nación a punto de promulgar su Constitución:

—¡Por la eternidad de la flor más bella del mundo, por la eternidad de la belleza de la flor! —exclama y se zampa todo el líquido dorado en un lento giro de elegancia cardiaca.

—¡Viva la flor! ¡Viva la belleza! ¡Viva la eternidad! —corea el pueblo.

Los aplausos son atronadores mientras cruza la puerta y hace la entrada triunfal el mariachi que mi hermano ha traído de sorpresa.

En seguida, los mariachis se desgarran cantando: «Usted me desespera, me mata, me enloquece…». A esto yo le llamo pura felicidad. Nunca he leído un cuento de hadas así. El mundo es una esfera a la que se le ha dado vuelta, y ha empezado a girar de nuevo. Como las miniaturas de paisajes nevados que volteas y la nieve empieza a caer. Me gustan mucho. Creo que algo así puede ser la vida.

Levantan en brazos a mamá y ella, sonriendo en su propia pantalla de cine, se deja caer como un ramo de lava rojo en el momento de su cúspide.

Corro hacia ella para sumergirme en ese resplandor.

Capítulo 16

Así, en la cama, con los ojos entreabiertos y los brazos en cruz. La lámpara es un zancudo gigante, lo dejo existir, que sea un zancudo gigante, así lo hizo Dios. La ventana es un párpado quietecito; las nubes, un ejército de almas que nos miran con mucha compasión. Que sigan ahí, como barcos que pasan.

Dejarse caer en el agua de la tina, una pequeña marejada y el vapor caliente acelerando mi respiración. Emergen mis pezones que ya cargan sendas limas entrando a mandarinas, como dicen los marchantes del mercado cuando acompaño a abue Ignacia, ella nomás sacude la cabeza murmurando: —Punta de mecos, de veras. Mis pezones cada vez más negros y duros fuera del agua, se vuelven tersos y claros adentro, porque así los hizo Dios, los dejo ser, que sean felices.

Dejarse caer en el clóset del baño, encima de los rollos de papel, de las batas de toalla, de los paquetes de jabón, de los guantes de hule y los tintes de pelo de mamá, contemplar todas las puertas abiertas desde adentro del espacio más cerrado de la casa. Las piernas sobresalen del clóset, estoy desnuda, si alguien entra me verá así, se asombrará, como yo, de lo que ocurre en mi cuerpo, las señales y las curvas del camino que apenas voy a recorrer.

Dejarse caer en la alfombra persa de la sala, después de la fiesta de aniversario ya no está prohibido, le han quedado los rastros de la vida, no se pueden quitar, dijo mamá y se tocó la cara.

—Te vas a enfriar, te vas a ensuciar, ¿no ves que uno entra de la calle con caca de perro en los zapatos? —de nada sirve lo que dice abue Ignacia. Me dejo caer y sé que el mundo no se acabará.

Me dejo caer en la banca de la escuela, observando los movimientos de la maestra de química, sus blusas de manga larga, sus faldas de tubo a la rodilla, el suéter verde tejido que lleva a veces y que me recuerda una foto de mamá cuando yo era bebé y ella llevaba un suéter parecido que le había tejido abue Ignacia durante el embarazo. Mamá me mira muy sonriente y yo miro la cámara, entre asustada y confusa, exactamente como ahora me siento, solo que la cámara son mis ojos delante de este cuerpo que crece dentro de mí. ¿Debería decir «fuera» de mí? Me dejo caer en estos pensamientos hasta que suena el timbre del recreo para dejarme caer en el pasto al lado de la cancha, oigo que dicen «debe estar en sus días», dejo que digan, solo me dejo caer.

Tengo en la mano una copa de filo dorado que estoy ayudando a limpiar en la cocina. La alzo a contraluz y un rayo de sol cruza por el cristal y esparce un arcoíris por mis dedos, no puedo evitar dejar caer la copa, caer con ella como si el sol entero me hubiera penetrado y no fuera yo más que un ramo de arcoíris que se derrama por el mundo.

Mamá se dejó caer en las manos que la llevaban en vilo derramando la roja lava del vestido el día de su aniversario, y yo sentí que nunca había sido más ella misma: una flor que no será domesticada.

Me estoy dejando caer, pero un hachazo negro me detiene, la mano veloz de abue Ignacia atrapa la copa antes de llegar al suelo y un sartenazo me da en la espalda al mismo tiempo.

Por más explicaciones que le doy, abue Ignacia no da el brazo a torcer.

—Todas las mujeres queremos dejarnos caer, mijita, pero no lo hacemos —dice mientras lava las copas faltantes. Me tiene sentada en el escalón de la cocina y amenazada con acusarme con mamá,

que el tapete persa lo perdona, pero las copas de cristal checoeslovaco, para nada…

—No me vengas con que *no lo hacemos*, abue, no me salgas con que tú eres la heroína del barrio y mereces la estampa de Santa Rosa de Lima.

Abue Ignacia pela lo ojos y ahora sí me observa por un momento, antes de soltar una risotada como las de mi hermana.

—¡Por lo menos nos fijamos bien dónde caer… tú nomás te avientas a lo zonzo, te vayas a romper la cabezota! —dice mientras me levanto del castigo y me froto las manos, por lo que ya sabe que no la voy a soltar:

—Tienes que contarme tus caídas, abue chula y preciosa…

—Uh… no, así me dice tu hermana cuando me quiere sonsacar, mijita, tendrás que inventarte algo mejor…

—Al menos una, ¿sí? Una chiquita, ¿sale? Una bebecita acabada de nacer, ¿verdad que soy tu consentida?, ¿verdad que nadie te quiere como yo?

Abue Ignacia hace como que piensa:

—Pues eso sí, nadie me quiere como tú… Primero vamos a acabar de limpiar y luego te vienes a mi cuarto a ver fotos.

—¿Fotos? —murmuro. Tal vez es la forma de entrar a las caídas de mi abuela, no digo más, me apuro a limpiar las copas hasta que quedan tan transparentes como mi conciencia en este momento.

—Mira, este es Efrén, ahí me dejé caer como pera en dulce, ah… dirás como coco de Acapulco en plena choya. ¿Te acuerdas cómo caían los cocos en el hotel Papagayo, cuando eras chiquita y paseábamos por las calzadas? ¡Hasta descalabraron a un conejo!, ¿te acuerdas? Tú corriste como loca a patear al coco, ay, mijita, decías que lo ibas a matar…

Efrén es idéntico a Emiliano Zapata, pero más sonriente. Trae una camisa a cuadros, el pulgar derecho metido al pantalón y la cabeza medio ladeada, como si se burlara de sí mismo posando para la

cámara. Amaestraba palomas mensajeras y un día llegó un recadito a la joven Ignacia y pues ya estuvo.

—¿Cómo que ya estuvo, abue Ignacia? Cuenta bien, ya crecí, ya entiendo muchas cosas de la vida.

—Ah, chihuahuas, pues si ya entiendes tanto, ya entendiste, mijita.

Saca varias fotos de Efrén, paisajes, y otras fotos de familia. Yo no quiero que se diluya el tema.

—Entonces te dejaste caer… ¿te fijaste dónde?, ¿te quebraste la cabeza? —insisto.

—Por eso te digo, muchacha, me la quebré en tantos pedacitos que todavía los estoy juntando.

—¡Abue Ignacia, no digas eso! —¿para qué abro la boca? Es otra puerta por la que me chupa la bruja, ¡devuélveme a mi abuelita y mi chocolate caliente, méndiga bruja!

—Pero ¡vieras qué bien quedan pegaditos!, y hasta forman otra cabeza con la que piensas mejor.

—Y… ¿eso es todo?

—Cuando te vuelves a dejar caer…

—¡Qué! —pienso unos segundos, ya qué, con qué me va a salir la abuela, mejor me le adelanto— ¡Te vuelves a quebrar la cabezota!, ¿verdad?

—Ay, hija, tú no dejas platicar, no seas así, de veras…

Las dos nos echamos a reír, nos vamos a la cocina a preparar una olla de chocolate caliente, con piquete para ella, si no, no sería ella, y yo solo quiero dejarme caer en ella en este instante.

No le cuento de cómo me dejé caer con el idiota del maestro de música, al que ahora odio con fuegos y centellas, ojalá me repruebe y yo pueda odiarlo todavía más. No le cuento que desde entonces una puerta se me quedó abierta, por donde se me cuelan vientos de madrugada, uno que otro fantasma, y la sensación de tener que limpiar con jergas mojadas y renegridas suelos que no he pisado.

Capítulo 17

Papá deja en suspenso el pan tostado con mantequilla que estaba a punto de morder. Sería un desayuno tranquilo, por fin toda la familia reunida, después de una luna de miel de bodas de plata en las playas de Mazatlán. Mamá ha regresado con un gesto nuevo, el mentón ligeramente hacia arriba, la cabeza ligeramente de lado. Una peineta de carey le sostiene la melena detrás de una oreja, cuya arracada refulge, mientras del lado izquierdo le cae en rizos muy suaves sobre la cara. No habla mucho, pero da órdenes, sobre todo a papá, quien las cumple al tris tras.

Yo los imaginaba tomados de la mano por un malecón blanco que se evaporaba conforme se iban alejando y terminaban transformados en un puntito de luz. Pero llegaron bien macizos los dos, pisando fuerte por la casa, como si estuvieran posesionándose de ella otra vez.

Mamá traía perfumes de mar en la piel, con su toque de coco y agua salada. No contaron mucho, mis hermanos y yo llevábamos la batuta esa mañana en la conversación.

Bastó una frase para que la escena quedara congelada nada más para dar tiempo a que se abriera una nueva puerta que nadie vio venir, esta sí, monumental.

—Les quiero decir… he estado pensando… ahora que ya soy mayor de edad… estoy viendo un grupo de teatro experimental al que quiero entrar…

El pan tostado de papá queda en el aire, mamá ladea más la cabeza, abue Ignacia, que estaba a punto de sentarse luego de servir el platón de los huevos a la mexicana, se acuerda de que tiene algo en el fuego y dirige sus pasos hacia la cocina, «tengo algo en el fuego», murmura entre dientes.

—¡Qué chingonería, hermanito! —exclama mi hermana— Te volaste la barda, salir de la escuela militarizada para hacer teatro experimental es divino, ¡es que es perfecto! ¿No lo ven?

—¿Qué es teatro experimental? —pregunto en un mortal silencio luego del entusiasmo de mi hermana.

—Es… ¿cómo te diría? —mi hermana mira la esquina derecha del techo, como si ahí fuera a encontrar una respuesta, y continúa—, es como una nueva manera de presentar las experiencias de la vida… romper lo tradicional, probar, abrir puertas.

La bruja que habita en esta casa nos empieza a chupar, a cada uno va jalándolo por otra de sus puertas ciegas y ya papá está azotando el pan tostado en el plato, y como no produce el sonido que él espera, agarra el tenedor y lo azota también.

—Por favor… —empieza a gemir mamá—, deja que experimente, ya estuvo mucho tiempo encerrado, es cosa de los jóvenes de hoy, que experimente y ya, por favor…

—¡Claro, papá! —agrega mi hermana con su vozarrón altanero— Yo, por ejemplo, me voy a casar con una yegua, y muy potente, ya pronto te la traigo a presentar.

—Órale, mana, eso sí está muy experimental, qué for-mi-da-ble —exclama mi hermano, echando toda la sal y la pimienta con un aplauso.

Ahora el cuchillo cae azotado en el plato de papá.

—¿Qué nunca fuiste joven? —dice mamá tratando de dulcificar el galope de la escena.

De pronto me doy cuenta de que no puedo imaginar a papá siendo joven. Según yo, nació exactamente así, con su traje gris oscuro, su camisa blanca y su corbata de oficina. Con su calva

circular y sus cejas tremendas y sus ojos de miradas del uno al tres, siendo la peor la primera. Aunque alguna vez vi una foto de papá recién estrenado como ingeniero, festejando con sus compañeros que presumían músculo en traje de baño, en una playa negra de Mocambo, cuando todavía tenía todo el pelo, usaba unos bigotes recortados y se reía enseñando los dientes, no creo que haya sido en verdad él.

Mi hermano ve la escena recargando el mentón en su mano derecha, como a distancia.

—A mí no me van a salir con mariconadas y puterías en esta casa, aquí no van a entrar esos experimentos, esta es una casa con educación, una casa con honor, ¿qué diablos les pasa a ustedes? — entrecierra los dientes papá mientras ya va el puño directo a la mesa, pero hete aquí que mi hermana se le adelanta con su plato en ristre:

—Si se trata de ver quién truena más, mejor yo empiezo —dice azotando el plato en el suelo, los trozos del pobre huevo a la mexicana saltan hasta la cortina de gasa, pero se ha hecho el milagro de los peces y los panes que reproducen con creces la azotadera.

Papá se levanta empujando la silla que cae patas arriba, entonces mamá, como si se tratara de una escena muy estudiada, empieza por azotar su vaso, y luego su plato, y no conforme con eso, los pisa con grandes zapatazos, papá queda congelado, mi hermana se dobla a carcajadas y mi hermano, sin dejar su lugar, lanza un lento aplauso:

—Gracias por reforzar mi vocación.

Mientras sigue el zafarrancho le pregunto:

—¿Cuál vocación?

—¿No entiendes, chaparra?, ¿qué no viste la escena?, ¡es perfecta!

No, no entiendo. Mis hermanos, muy ufanos, se irán cada uno a lo suyo. A mí me dejan acá, recogiendo la basura. Mamá se tirará

una temporada en la cama porque «no soporta más». Papá andará flotando en sus miradas uno, dos y tres sin que nadie lo vea ni se le acerque.

—¿Por qué no pruebas estudiar medicina, mijito? ¡O ingeniería, como tu papá! —se asoma abue Ignacia con un tecito de boldo hirviendo, para aplacar los nervios de todos en la casa.

Sobre ella va volando la copa de cristal checoslovaco que mi hermana sacó de la alacena y la lanzó a lo loco unos segundos antes, solo porque Dios es grande no le dio en la frente.

—Ay, abue Ignacia, ¡quítate! ¡Si no rompes, no estorbes! —grita mi hermana.

—¡¡Ingeniería, como mi papá!! —se oyen las carcajadas macabras de mi hermano.

—¡Mariconadas! ¡Puterías! —repite papá.

—Ya cállense todos…. —exclama mamá. Su rostro se ha vuelto húmedo y brilla como una manzana de la mejor temporada.

Como que la escena queda atrapada en el tiempo. Nada se mueve.

Pero yo no quiero que termine, ¡no quiero! No quiero ser más este bicho reventado, es más, sí quiero serlo. Quiero ser esta chaparra a la que se le botan los ojos y se le enciende una chispa en las manos, así que, a volar plato de entremés, plato de plato fuerte, plato de postre, platito de taza de café, a volar se ha dicho, seres de Dios, hoy es su día, oigan su crac, crac, crac, chocando en las paredes, en el piso, en las ventanas. Qué hermoso crujir de platos rotos, ellos hablan por mí, felices, libres. Una lluvia de astillas cantarinas inunda la escena.

Rompo todo lo que se aparece en mis manos, mis manos peces hambrientos de cosas que romper, que truenen y enseñen las entrañas, que digan por fin lo que sienten, lo que son, lo que esperan del mundo, no ser estas cosas tiesas bien puestas en sus lugares correctos de la casa.

Ahora sí entiendo lo que es experimentar, romper, probar y abrir otras puertas, como quiere mi hermano en su teatro. Me siento como la yegua potente de mi hermana. Pero el miedo es un pasillo enorme y negro que me saca la lengua frente a todos los que me están mirando con los ojos azorados.

Por fin, por fin me miran.

Claro, la mala horrenda espantosa termino siendo yo. Pero no esta vez. Mamá dice que mis hermanos empezaron, abue Ignacia dice que mamá los secundó, ¿qué ejemplo me están poniendo, a ver, a ver?

—Tú eres el que siempre empieza, papá, crees que eres el único con derecho a enojarse —exclamo por encima del barullo. Creo que le he soltado una de sus miradas, ¡pero ha salido de mis propios ojos!

Porque se queda como si le hubiera dado un puñetazo. Hasta trastabillea. No atina a decidir cuál de sus tres clásicas miradas va a echarme. Se me acerca, amenazante.

—Si la tocas… —murmura mi mamá.

Pero no, con un temblor de lágrimas, papá me da un beso en la frente y sale de la habitación.

Capítulo 18

La siesta es una religión en esta casa. La vida se pausa bajo el calor de la tarde mientras los pájaros cantan en sus jaulas y las abejas persiguen puntos ciegos en el perfume de las rosas. Hay que flotar en la enramada del tiempo. Perderse en sus sombras quietas.

Mamá sueña en su espejo de oro, pienso que ahí, por dentro, corre a sus anchas. En papá no puedo pensar, se me pegan los ojos a sus ojos, en una mezcla de culpa, miedo y, qué curioso, ¿gratitud?, por no haberme hecho trizas con su puño.

Dice abue Ignacia que el día del destrozadero de platos todos demostraron cuánto me querían. —Bueno, pues, gracias —digo. Pero no disfruté mucho ese amor que digamos.

Cada uno ha vuelto a sus propias olas y mis hermanos quién sabe a cuál playa andan llegando.

Solo yo soy este molusco atrapado en el limbo. Ya tengo quince años y el mundo de mi casa me explota desde adentro.

Hoy no resisto, el corazón es un trompo. No puedo estar quieta viendo el rectángulo de mi ventana, no quiero cerrar los ojos ni puedo respirar profundo ni pensar en el gran buen Dios que también tiene derecho a descansar.

Mi corazón es un sapo que brinca, una especie de líquido caliente me recorre por dentro. Lo voy a hacer. Tengo que sentir en la cara lo que la página siente cuando escribo, mis piernas necesitan ser esos dedos que corren en los renglones. Mis cuadernos de clase están

llenos de historias y frases que me saltan a todas horas y se abren paso entre los márgenes. Quieren abrir puertas a fuerza de palabras. Palabras que son puertas unas de otras.

Tantas veces he soñado durante las clases de química, con los ojos abiertos sobre el pizarrón, que estoy en otra parte, lugares que no conozco, tengo el pelo largo y suelto, escribo en mi cabeza una historia completa hasta que suena la campana del recreo. La clase de química me gusta para eso, pues la maestra tiene una voz tranquila y explica muy bien temas que procuro no entender mientras yo voy por el mundo a mis anchas.

Es el momento perfecto. La tarde es una siesta donde me dejo caer. Caigo en el picahielos de mi corazón que punza dentro del pecho y me obliga a buscar las llaves en el cajón de la cocina. Hay solo una puerta que no está abierta en esta casa. La única que necesito cruzar.

Mientras la siesta se pasea en las recámaras, yo abro sigilosamente el candado de la reja, dejo las llaves en la jardinera, y salgo.

Sola. Por primera vez. La calle que separa las aceras me parece un río monumental. La esquina hacia la avenida es un viaje al infinito. Me voy a ahogar con mi propio corazón que ya pulsa en mi garganta. ¿Me desmayo? ¿Grito? ¿Regreso en silencio con la cola entre las patas a mi dosis de siesta diaria? Soy tan mala y desagradecida que no merezco a los padres que tengo y que velan por mí. Abue Ignacia no va a perdonarme, no habrá chocolatito ni cobija que me consuele.

Zumba en la arboleda del camellón un racimo de pájaros volando en la felicidad de la tarde.

Alzo la cara, mi corazón es un pájaro desatado. Corro. Corro. El mundo está girando todo abierto, con su cuerpo desnudo y su boca de brillante oscuridad, corro alrededor de la manzana, mordiendo en cada paso su pulpa almibarada y venenosa, y hete aquí que me ha sabido a gloria, serpenteo por la glorieta, mi pelo es tan largo como

el de Eva en el paraíso de las historietas ilustradas, estoy afuera, sin puertas, un afuera que es todos los afueras en el colmo de un suspiro, entrecierro los ojos hacia el resplandor.

Corro alrededor de la glorieta, trotando empujo sin querer a un niño en su triciclo, me dicen cosas que ya no oigo, por allá me sueltan un silbido desde el camión de los refrescos, un silbido que es a la vez un piropo y una grosería. Qué hermosa es la calle, es como un cuaderno abierto con todos los renglones listos para ser recorridos según el impulso de mis pies. Escribo mi vida con mi propio cuerpo, contante y sonante, y esto no tiene nombre más que el mío.

Ya tomé un autobús que me llevó a un puerto donde conocí a un marinero que se enamoró de mí, también anduve en tacones rojos por los adoquines de una ciudad que se ilumina de noche como si fuera de oro, el muchacho que cruza el parque me mira con la seriedad de un filósofo fumando a todo volumen y sé que daría la vida por mí en un solo tris de mis dedos…

No sé cómo he llegado a la avenida principal. El crucero es enorme. El ojo rojo del semáforo me lanza una amenaza, le envía mensajes en clave con sus luces cambiantes a todos para que me encuentren, me castiguen y me aten para siempre. Quiero correr, finalmente se pone en verde, pero no me atrevo a dar el paso, miro a todos lados, cuando voy a cruzar se ha vuelto amarillo ese ojo astuto, solo para bajarme los ánimos. Otra vez rojo, otra vez verde y amarillo.

Un señor de portafolios se para junto a mí. —¿Estás sola? —me pregunta. De pronto me vuelvo un bebé, siento que se me van a salir las lágrimas. Todas las telenovelas de abue Ignacia afloran en mi cabeza.

Me veo atada en una jaula para ser vendida como carne fresca, convertida en una mala mujer, soy un espejo roto oculto en un clóset viejo.

—¿Quieres que te acompañe? —insiste.

Sí, sí quiero. Pero no quiero. Quiero que me saquen de este «afuera» movedizo, lleno de peligros y de miedo, pero también quiero hundirme en ese despertar de algo que aparece en mi cuerpo y aún no sé cómo nombrar. Algo que se mueve sin mi permiso. Algo que me mueve.

Antes que vuelva a cambiar el ojo del semáforo salto como una flecha al otro lado de la avenida. Sola con mi cuerpo suelto hacia una tarde de verano.

La sensación de haber cruzado un límite imposible me tiene incendiada, sé que mis ojos se han desbordado y me he topado con miedos que desconocía, pero sé que hay un trozo de felicidad en mi boca, un chocolate macizo que disfrutaré largamente.

No importa que la familia se haya despertado de su siesta y esté buscándome desde hace horas, a gritos, desde la reja, en las equinas, con los vecinos, nunca se repetirá este momento en el que he probado por primera vez este sabor.

Regresaré triunfante, sabrán que no hay más puertas que me aterroricen. En la noche, cuando ya todo esté en silencio y se hayan serenado los ánimos, con el tecito de boldo de abue Ignacia en mi buró para apaciguar el escándalo que provoqué y las promesas del nunca más, apagaré la luz de mi cuarto, pero ya no seré la misma. Habrá otra que habitará en mí, tomará posesión de mi cuerpo, dictará mis pensamientos. Miraré mis manos y no serán ya más las manos que conozco. Los pies andarán su rumbo, desconocido para la que fui. Escribiré una *Odisea* nueva que le quedará chiquita a Homero.

Pero no fue así, tendré que decirme que no crucé la avenida, que el hombre de portafolios me tomó del codo, y yo, como un resorte, me solté y me eché a correr de regreso a la casa, que me encerré en mi propia prisión con una alegría impensable, que puse las llaves en su lugar, que me fui a hacerme bolita en mi cama y que abue Ignacia fue a despertarme para la merienda.

A veces, no sé cuál de los dos finales es el real. O peor, cuál me gustaría que fuera.

Capítulo 19

Me invita mi hermano a una premier de *Blow Up!* en el Centro Universitario, solo para especialistas. Esa película, según dice, te cambia la forma en que ves el mundo. Es exactamente lo que yo necesito, pienso, y me juro a mí misma que voy a ir pésele a quien le pese.

Mi papá le compró un coche nuevo a mi mamá, un Valiant automático color cereza, no era de agencia, pero sí está primoroso, y mi mamá le pasó el suyo a mi hermano, una ballena verde seco, medio tísica, que él adora, así que mi hermano anda como un pájaro recién bañado, obvio, es un decir, porque trae una melena casi hasta los hombros, parece artista de cine, aunque a él le gusta el teatro. —Nada como la escena, chaparra, estar ahí con los nervios de punta en la oscuridad de la cuarta pared. —Diablos —digo yo, siempre ando con los nervios de punta en la oscuridad de las miradas de mi papá.

Pasa por mí a la hora acordada, nada en el mundo podrá detenerme. Hay un alegadero más o menos breve entre mi mamá y él, donde mi mamá termina suspirando y rogando que no lleguemos tarde. Mi papá mejor no se aparece. Últimamente prefiere que las cosas con mis hermanos pasen primero, y ya luego no tengan otra solución. Así no hay posibilidad de pelear. Como que algo le hace mi mamá que lo trae así.

Mi hermano vive en una de las pensiones que rentan cerca de la escuela de teatro de la universidad. Tiene un grupo de compañeros con los que anda de acá para allá, platican y fuman arreglando el mundo un día sí y otro no. Hay de todo: los que estudian cine, literatura dramática y filosofía, junto con los profesores a los que les hablan de tú. Soy un hervidero de nervios que me recorren como relámpagos por el cuerpo.

Pues uno de los compañeros, que se llama Iván y le dicen «el francés» porque no pronuncia bien las erres, se pone a platicar conmigo después de la función, entre el grupo que se reúne en el vestíbulo del centro universitario para analizar el «filme». Así se le dice al cine de arte: «filme».

Me ofrece un cigarro de los que fuma mi papá. Uf, siento que la cara se me pone «color hormiga», sepa Dios cuál sea el «color hormiga», pero así dice mi mamá cuando las cosas no le cuadran, y a mí esto como que no me cuadra o, mejor dicho, me cuadra súper bien. Dejo que me lo encienda, obvio no le doy el golpe, nomás echo el humo como tetera clueca hacia un lado, como veo que se hace, para que el otro no se sofoque. En plena humareda de los dos, que digo con permiso y corro al baño a mirarme las chapas más rojas del mundo, no se quitan con nada, el agua me las deja peor. Mi pelo ya es muy largo y lo uso de lado con una balerina a juego con la blusa blanca. Me retoco los labios con un bilé rosa pálido y me quito la balerina para que se vea más alborotada mi melena.

Traigo un trajecito de falda y saco anaranjado que me ajusta la cintura. Porque un sábado dice mi mamá: —Ya hay que comprarte ropa de señorita, ya pronto vas a entrar a la preparatoria. Y me lleva al Sears de Insurgentes, salimos con dos trajes, el anaranjado claro con su forro brillante, y el otro anaranjado más vivo, tipo suéter. Ambos con la falda arriba de la rodilla. A cuál irle, me veo divina.

Escogí el anaranjado claro para el cine, ya en el baño me arremango hasta tres veces la falda porque todas las amigas de mi hermano llevan cortísima la falda, a medio muslo o más alta. Salgo

fumigando al mundo con el resoplido del cigarro, entrecerrando los ojos, Iván se me queda mirando las piernas con un disimulo que lo hace toser.

—Esta película es una joya —dice mi hermano—, sobre todo la escena final.

—¡Ah, eso sí, la escena final es un poema! —comenta una de las chicas, trae una minifalda que mi papá se hubiera muerto, y los labios pintados de blanco brillante, casi me hace parpadear cuando la miro.

—Ese Michelangelo Antonioni nunca ha tenido madre, pero acá, menos —tercia otro de los compañeros de teatro—. ¡Qué tal si la ponemos en escena!

—¿Cómo vas a lograr esa narrativa abierta y el ritmo contemplativo?

—En realidad, es una crítica brutal a la burguesía.

—Y te planta el vacío existencial en plena cara, todo es y no es, y ni para qué nada de nada…

—¿Y a ti qué te pareció el simbolismo filosófico de que todos terminan jugando tenis sin raquetas y con una pelota que no se ve pero que al final sí suena? —me pregunta Iván.

En ese instante me enamoro brutalmente de él. Me ha preguntado cosas importantísimas. No sé qué va a ser de mi vida desde ahora. Me lleva una cabeza y media de alto, tiene unos ojos grandes como lagos claroscuros y cejas suaves. Algo se mueve, nada y danza en su rostro cuando me echa esa mirada tan inocente y despiadada.

Creo que de mi cabeza salen unas frases entrecortadas, pero no recuerdo si mi boca pudo traducirlas. Me confieso que no entendí absolutamente nada de la película, me hice bolas con el asesinato y las fotografías, y solo fui haciéndome preguntas que no me pude contestar. Ahora estoy aterrada y no quiero parecer una estúpida, todos se ven tremendamente inteligentes.

—Como que todo es un juego, pero es verdad… —creo que empecé a balbucir.

Eso bastó para que Iván con sus erres de garganta me preguntara mi teléfono.

—¡Brutal! ¿Qué es real y qué es imaginario? ¡Nadie puede saberlo! —exclama mi hermano manoteando sobre el volante, mientras me lleva de regreso. Yo voy atrás, la chica de los labios plateados va adelante, de copiloto. Iván se cuela junto a mí. Siguen analizando. Al despedirme, Iván me da un suave apretón de mano. Ellos seguirán la chorcha por ahí. Yo tengo que llegar antes de que mi cabeza se convierta en calabaza y mi traje anaranjado, en uniforme de la escuela.

Ya en mi cuarto, corro al diccionario de inglés-español a buscar qué significa la palabra *blow up*: «estallar», «explotar». Obvio, no me atreví a preguntarles, lo daba por entendido, para no parecer una bruta.

Sí, así estoy, estallando.

Necesito calmarme. Saco mi libreta de su escondite con llave. Escribo: hoy abrí la puerta más aterradora de mi vida.

Con esta frase fuera de mí, siento la necesidad de asomarme a la recámara de mis papás, algo busco, no estoy segura de qué, como que quisiera olvidar todo lo vivido el día de hoy, mi mamá me hace una seña para que me acerque, me siento en la cama junto a ella, está viendo en la televisión una película vieja de las que hacen llorar y me acaricia la cabeza. Mi papá ya ronca muy quitado de la pena.

Capítulo 20

Mi hermano va a tener su examen de teatro con una obra escrita, dirigida y actuada por un colectivo de cinco estudiantes. Cada uno hace una parte, aunque colaboran todos en la propuesta final.

Él hace el papel de la voz interior de la conciencia. Una chica representa la cotidianidad domesticada, y el punto es que mientras ella hace como que se peina, sin peine, ante un espejo que solo tiene un marco dorado muy ostentoso, pero no refleja nada, la voz de él expresa la angustia existencial y el sinsentido de la vida.

Mi hermano, de negro total, para que no parezca persona, sino solo voz, se mueve por el escenario alrededor de ella, mientras habla a nadie en particular, o sea, a la conciencia de todos los espectadores, incluso le hace señas a ella, como si quisiera despertarla de su rutina inacabable, en la que no se da cuenta del absurdo de peinarse sin peine ante un espejo vacío. Son dos estados del ser, coexisten y se contraponen, eso es profundizar.

La obra se llama *Bouleversé*, que en francés significa afectado, incómodo, agitado, molesto… y así, para que el espectador quede, pues, así como dice el significado.

Esto nos explicó mi hermano desde antes, para que fuéramos a sabiendas. Mi mamá estaba más puesta que una flor de mayo para ver a su retoño en sus pininos teatrales. Mi hermana hasta dejó tantito a sus vacas y se vino a la ciudad, con todo y su compañera del rancho. Se llama Magnolia y es tan bonita que de veras parece

una magnolia, con sus hombros delicados, abiertos como pétalos, y ese aroma floral, alimonado, suave y afrutado de sus cabellos claros y sueltos. Me aprendí muy bien todo lo de las flores mientras mi mamá hizo su empresa de flores secas. No la ha dejado, tiene algunas comadres a las que pone a trabajar, mientras ella ahora elabora unos calendarios primorosos con fotos que ella misma toma. Se inscribió a un curso de fotografía, ahí conoció a Betsabé y se hizo amiguísima de ella. Es la primera vez que mi mamá tiene una amiga del alma. La verdad, me da envidia. Yo solo tengo puras compañeras méndigas, raras, o yo soy la méndiga y la rara.

El caso es que Betsabé no es como las demás señoras. Se pinta el pelo con mechones plateados que están «muy de moda», dice mi mamá. Y se echa mucha laca para que se le esponje el copete. Parece gringa, pero es norteña, de Chihuahua. Fuma con una boquilla larga y se pone pestañas postizas. Usa unas faldas muy cortas con mallas caladas y arracadas grandes. Juntas van a tomar fotografías de los museos del centro de la ciudad y a los parques y alamedas.

Betsabé tiene una tienda de artículos fotográficos que le dejó su marido cuando se fue *pal otro lado*. No me queda claro si quiere decir que se fue a Estados Unidos o que se murió. No tiene hijos. —Mejor —dice—, qué haría yo con ellos, pobres criaturas de Dios. Tampoco sé a qué se refiere, lo importante es que mi mamá está muy contenta con Betsabé, aunque mi papá frunce la cara cuando Betsabé se aparece por la casa, no dice «pe» ni «pa», prefiere las cosas en paz. Abue Ignacia me dice que seguro no se llama Betsabé, ese es un nombre «artístico», insiste deletreando mucho lo de artístico.

—¿Y cómo crees que se llame? —le sigo la corriente.

—Carmen o Manola o Refugio… —responde abue Ignacia, yo creo, echando mano de sus conocidas del año del caldo, tías abuelas, amigas de la infancia.

—Que te valga, abuecita chula —río enrollándole un mechoncito de cabello que se le suelta de la trenza.

—Betsabé me huele a puro invento, pero mientras estén serenas las cosas en esta casa… que se llame como Dios le dé a entender. Y no sé para qué estoy metiéndote esto en la cabeza, como si no fuera suficiente con lo que ya tengo yo —dice espantándose pájaros invisibles de su cabeza yendo hacia la cocina.

El otro día vi que mi mamá posaba frente a un espejo largo que se compró para el baño. Estaba desnuda, semi cubierta con una toalla nueva de color gris perla. Se la ponía de un lado, del otro, con los hombros descubiertos, mostrando las rodillas…

—Quiero ver si doy la pala —sonrió cuando me descubrió observándola. Me ruboricé por un momento, pero inmediatamente le hice una seña de bravo con las manos. Ella ladeó la cabeza, mirándose de nuevo, como si no estuviera segura qué pensar de sí misma.

Creo que mi mamá quiere tomarse fotos así. Obvio que no para los calendarios, pero sí para ella. Me gustaría que lo hiciera. Me gustaría tener una fotografía de ella cuando tiene esa mirada de expectación, la pose de la luna mirando su belleza en el ojo de la noche, cuando mi papá no la ausculta, no está con sus ojos en el gato y en el garabato de cada detalle que, según él, está bien o mal en su manera de vestir, de actuar, de vivir.

De repente me acuerdo de que abue Ignacia también tuvo la edad de mi mamá, esa edad de orquídea a punto de soltar los pétalos morados como corona alrededor de su centro, una orquídea inolvidable en la plenitud de un lento atardecer.

Por más que hago, abue Ignacia es siempre abue Ignacia para mis ojos. Ojalá tuviera una fotografía de ella en esta pose de mi mamá.

Me quedo pensando en la foto de mi mamá posando con su toalla, ¿y si fuera para los calendarios de Betsabé?, ¿y si mi papá un día viera en el puesto de periódicos un calendario con esa foto?, ¿cuál de sus miradas echaría? No es posible, porque los calendarios se venden directamente en tiendas especializadas en diseño y en fotografía, o se hacen sobre pedido para una empresa que los solicita con temas a su gusto, según ha explicado mi mamá, y él jamás pondrá un pie en ese tipo de lugares. De todos modos, sería genial verle la cara a mi papá.

Aplausos atronadores, gente de pie, gritando bravos. Toda la escuela de teatro está vociferante. El éxito de *Bouleversé* le saca lágrimas a mi mamá.

Aunque parecía imposible, mi mamá convenció a mi papá de venir a ver la obra. Abue Ignacia no se quedó atrás.

—No puedes hacerle eso a tu hijo —le decía—, es su examen profesional. Mi papá no cedía. —Entonces —le dijo—, pues no puedes hacerme eso a mí, es mi hijo. Así que abue Ignacia le planchó la camisa y le desempolvó el saco de salir.

No pude ver las caras de nadie mientras corría la función. Solo sentía la mirada de Iván en la nuca, pues él estaba sentado justo detrás de mí. Mi mamá tenía preparado un alboroto en el restaurante de carnes *La posada* para el celebrado. Reservó una mesa para toda la familia y arreó a todo mundo para allá, entre el coche de mi papá, el de mi hermano y el de Betsabé. Mi hermano habría de festejar con sus amigos más tarde. Betsabé se coló, pues estuvo tomando las fotos durante la función, y ni modo de que la dejáramos fuera. Iván y yo solo nos echamos unas miradas bien cargadas para despedirnos de lejos.

Comimos carne a lo bestia, que dorábamos en un fogón en medio de la mesa, nos zampamos cazuelitas de queso derretido con tortillas de harina, papas al horno, ensalada preparada, dos jarras de

tinto de verano con frutas tropicales que yo sí me serví, faltaba más. Mi papá no echó ninguna de sus miradas, salvo la que le soltaba a Magnolia, que parecía un sol de medianoche sonriendo hacia todas partes. Pero no era ninguna de sus tres miradas, esta era diferente, como de toro amansado.

Mi hermano también estaba de mirón con Magnolia, sentada a su izquierda, por lo que mi hermana, que estaba a la derecha de ella, se afanó en tomar de la mano a Magnolia, acariciarle el flequillo con el pretexto de despejarle la frente y lanzarle unos guiños de becerro tierno. Betsabé estaba divertidísima, se levantaba a tomar algunas fotos rodeando la mesa. Trataba de encontrarse con la mirada de mi mamá, pero mi mamá estaba en plan de que hoy todos vamos a ser felices, y ante cualquier amago, alzaba la copa para hacer un brindis más de bienaventuranza familiar, y le sonreía directo a mi papá.

A buena hora todavía, Betsabé se despide, prometiendo de regalo un álbum de fotografías familiar. Llegamos a casa. Magnolia se queda a dormir con nosotros, para viajar de regreso al rancho al día siguiente, junto con mi hermana. Cuando se retira un momento al baño con su maletita, mi hermana se sienta al pie de la escalera, con la pierna cruzada, como deteniendo el tiempo, se recoge el cabello en una cola con su liga que usa a veces como pulsera, y antes de que cada uno pueda subir a su cuarto, con una voz tranquila como nunca, casi deletreando las palabras, dice:

—Esta mujer es mi potra, mi ternerita, mi cordera, mi cabra, mi gata montesa, mi pecho de paloma, la liebre de mi corazón…

Es como una plegaria.

—Así que cuídenmela bien, les pido, por favor.

Mamá suelta un gemido, tocándose el pecho. Papá baja la cabeza con la nariz inflada, la vista fija en la alfombra, tratando de descifrar un mensaje cifrado en sus gastados recovecos. A mi hermano solo se le desencajan los ojos. Pasan unos segundos, hasta que abue Ignacia se acerca a mi hermana, se inclina hacia ella, toma sus manos y las anida en las suyas

—Te cuidaremos a Magnolia, mijita —le dice mirándola a los ojos.

Yo siento que algo muy potente se abre dentro de mí. Esta sí es una puerta de lo más potente. Una fuerza desconocida, una iluminación desde muy al fondo. Pienso que la obra que acabamos de ver de mi hermano es exacta, perfecta, la voz del interior dice cosas muy diferentes de las que miras en un espejo que ni siquiera te refleja. «Bouleversada», así me quedo. Removida de la tierra bajo mis pies, y una nueva tierra húmeda, oscura, fresca, llena de nuevas semillas, se esparce ante mí, para que yo pise sobre ella.

«Las puertas son para cruzarlas», escribo en mi libreta de secretos en la noche. Ya sé qué hacer con ellas, ahora sí. No sé en qué momento me quedo dormida con la pluma en la mano.

Capítulo 21

Es una tarea imposible. Me baño o me quedo pegada al teléfono. Mi mamá mandó poner un cable larguísimo en el aparato de su recámara para que pudiera llevárselo de acá para allá en el piso de arriba, pero no alcanza hasta la regadera de mi baño. También mandó poner una extensión en el antecomedor, está solo con su cable de resorte que no alcanza ni para la cocina.

No sé cómo ando en este dilema que me abruma mientras el mundo que conocemos se está desmoronando allá afuera. Iván quedó de llamarme «en la tardecita»… ¿Qué diablos es la «tardecita»? ¿Las dos, las tres, las cuatro, las cinco? ¡Hoy es el día, hoy es el día!

Me llamará desde la esquina del Sanborns de Insurgentes para que yo salga de mi casa y lo encuentre en la avenida, cuando esté pasando la Marcha del Silencio. Estoy que ardo, me zumban los oídos.

Esta marcha es La Marcha, la Señora Marcha, será la puerta más grande por la que cruzaremos para ser libres. Yo solo sé que nada va a ser igual, porque esta fuerza no la para nadie, nos uniremos a ella Iván y yo, y de ahí a la eternidad.

Todo se ha dado en largas conversaciones por teléfono entre nosotros, en las madrugadas, cuando puedo bajar al antecomedor sin que nadie se dé cuenta. El árbol del patio en el edificio contiguo hace frú frú, y otra vez frú frú, desde la puerta-ventana de la terraza

que no tiene cortinas. Tirito mientras Iván me cuenta lo que no sale en los periódicos, el pliego petitorio del comité de lucha en el que se han puesto de acuerdo muchas universidades, los lemas de las pancartas. Sus erres guturales cobran una densidad de agua, me da ternura y ganas de abrazarlo.

Me siento en la orilla de una de las sillas de plástico, abrazando con mis dos manos la bocina del teléfono. Hay un breve silencio, sin dejar la bocina me dejo caer, me recuesto en el suelo, sobre el tapete, ya muy raído, que imita el pasto, y como si las cosas se prepararan para el momento, mi vista alcanza un cuadro de estrellas tras la ventana, justo cuando Iván comienza a tararear «Lucy in the Sky with Diamonds»… Le sigo el ritmo, casi susurrando.

—Estás mirando el cielo, ¿verdad? —me dice, su suave voz entra hasta la nervadura de mi cerebelo.

—¿Cómo supiste? —exclamo muy bajito, sonriendo.

—¿Qué ves?

—Mmmmmm…

—Imagínate en un barco en un río, con árboles de mandarina y cielos de mermelada…

—«Picture yourself in a boat on a river… With tangerine trees and marmalade skies…».

—Si alguien te llama, respondes muy despacio, una chica con ojos de caleidoscopio…

—«Somebody calls you, you answer quite slowly… A girl with kaleidoscope eyes…».

—Flores de celofán amarillas y verdes se elevan sobre tu cabeza…

—«Cellophane flowers of yellow and green… Towering over your head…».

—Busca a la chica con el sol en sus ojos… Y se fue…

—«Look for the girl with the Sun in her eyes… And she’s gone…».

Nos reímos, le doy un beso a la bocina, pero quedito, asegurándome, según yo, de que él no lo oiga. Finalmente,

terminamos al unísono:

—Lucy en el cielo con diamantes…

—«Lucy in the sky with diamonds…».

Repetimos el estribillo hasta que se desvanece en nuestras voces juntas. Vienen risas como olitas de mar. Y otro silencio que encierra suspiros.

—¿Sabes? Las injusticias son horribles, todos los días, tenemos que hacer algo nosotros… —dice Iván, pensativo, casi lo siento junto a mí, podría tocarle el pelo, la oreja… Para mí, la mayor injusticia es no estar ahora a su lado, percibiendo la humedad de su respiración.

Aparece en la conversación *El Sargento Pimienta y su club de los corazones solitarios*, de los Beatles, que se puso a traducir para mí. «A Day in the Life», un día en la vida, y sí, un solo día es todos los días, y es también único y nunca se repetirá…, por momentos cantamos juntos «I read the news today, oh, boy…», que ya me sé de memoria. Es horrible lo que pasa a nuestro alrededor, por eso vamos a marchar. Antes de colgar, mis labios se prenden a la bocina del teléfono como una premonición. Algún día estaré cerrando los ojos cuando Iván busque el pececillo de oro con su boca, abriendo mi última puerta. Para eso, el mundo tiene que cambiar, y nosotros podemos lograr que eso pase.

Tengo que entrar a la regadera porque no voy a ir toda puerca al llamamiento del destino. Suena el teléfono, y salgo como gato arrebatado para alzar la bocina y contesto. Es la modista, que si puede mi mamá pasar a recoger sus faldas que mandó a acortar arribita de la rodilla. Ash…. —¡Sí! —le grito y cuelgo de un azotón.

—Uy, qué te pasa —me regaña abue Ignacia, pero no tengo paciencia para hacerle cariñitos, hasta que me brotan las lágrimas y me acerco a ella con la toalla mojada y los pelos llenos de champú:

—Abuecita chula hermosa siempre-llena-de-amor-por-todos-nosotros, ¿te puedo pedir un favor de vida o muerte? —y le estampo unos besos muy tronados en la cabeza.

—Ya me empapaste, niña esta, métete a la regadera, te vas a resfriar, yo te aviso si es para ti —se frunce toda, pero me conoce bien.

—No le digas que me estoy bañando, por favor, el chiste es ese, ya me entiendes, ¿verdad?

—Oh, carambas. Le voy a decir que te estás enjabonando los aparejos…

—Tú me entiendes, abue Ignacia, ¡no quiero que piense que no estoy lista!

—¿Qué son los aparejos? —pregunto cuando ya estoy en el colmo del agua que me cae a borbotones.

Vuelve a sonar el teléfono, no resisto, salgo corriendo con el jabón en los ojos, abue Ignacia ya tiene la bocina en la mano:

—Sí, joven, ahorita se la paso —dice, derramando miel. Y me mira resoplando mientras me tiende el aparato.

Nunca he estado más lista que ahora. Llevo una minifalda negra y una playera con la imagen del Che y mi pelo mojado es como un reguero de perfume natural.

—¿A dónde vas? —me espera mi mamá bajando la escalera. Como si supiera todo lo que no debió de oír en la otra extensión del teléfono.

—Ah, pues voy a hacer un trabajo sobre las Olimpiadas y necesito ir a la papelería. Abue Ignacia viene conmigo.

Me doy cuenta de que no tiene opción. Ella me espía, yo la espío. Los hilos del teléfono tienen muchas puertas secretas, y yo sé que Betsabé la citó para ir a tomar fotografías, y ella no le ha dicho la verdad a mi papá. No sé dónde la citó, pero en este momento no tengo ningún interés en saberlo. Trae un vestido negro y blanco como si estuviera partida a la mitad por lo largo, y sus zapatillas negras tienen las puntas blancas a juego. Parece modelo de revista, nunca ha parado, nunca se ha rendido, sigue siendo esa belleza de la que mi papá quedó prendado. Pero yo tengo mi propia vida. Y voy a salir ahora mismo y a poner punto final a esta historia.

Abue Ignacia ha escuchado todo. Mis hermanos hablan por teléfono, uno tras otro, con grandes alharacas, él va con su banda de teatro, junto a los del comité de Filosofía y Letras de la UNAM; ella, en el contingente de Chapingo, con Magnolia; el país está cambiando, todos a la marcha por la libertad. Ya basta del gobierno represor. Mi papá aún no llega de la oficina, pero llamó también por teléfono diciendo que hay mucho tráfico y que no salgamos, por favor, insiste en que va a haber una marcha de revoltosos y es muy peligroso. Definitivo, nadie sale de la casa, es su orden contundente.

Antes que cualquier cosa me lo impida, doy una zancada y me planto al pie de la reja:

—Abue Ignacia, la llave del candado, por favor.

Abue Ignacia es como un pajarito que obedece feliz, y da el giro al candado que chirría con dulzura en mis oídos.

—¿Vienes? —le digo, mi voz es una voz enamorada y suplicante a la vez.

Mi mamá nos mira, a una, a la otra, luego se mira sus zapatos de tacón, las puntas blancas, luego sus uñas, pintadas también de blanco. Se muerde el labio de abajo, sonrojándose.

Entonces, abue Ignacia me da un empujoncito por la espalda y con su voz entera como siempre, siempre a la vanguardia de la vida, me dice:

—Anda, ve con cuidado. Tu mamá también tiene que salir. Mejor me quedo a esperar a tu papá con un tecito de valeriana bien cargado. Y un chorrito de piquete. Lo va a necesitar.

Salida

Los racimos de jóvenes forman coreografías perfectas, como las de la gimnasia artística y el nado sincronizado deslizándose por el asfalto de la avenida, cargan pancartas y lonas, se detienen, giran en redondo, siguen.

«No luchamos por la victoria, luchamos por la razón», se lee en las cartulinas. Es la frase más inteligente que he visto, nada hay más fuerte que la razón. «El silencio es repudio a la represión», sí, ¿para qué los gritos? «Libertad a la verdad, diálogo público», que se abran todas las puertas del mundo, pienso con el corazón batiente, miro a Iván y nos tomamos de la mano.

Entramos al coro silencioso de las protestas y juntos somos una sola sombra bajo la tarde irrevocable. De pronto, sé que escribiré este momento, lo siento en el latido de mis dedos.

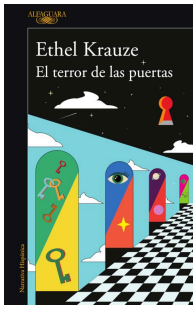
Arderán las voces, florecerá la sangre.

Iván me rodea el hombro con su brazo, marchamos, y todo es tan irreal que no sé si estoy saliendo o entrando en una nueva historia.

Agradecimientos

No suelo poner agradecimientos en mis libros, que debo a muchas personas a lo largo de mis años de escritora. Pero en esta ocasión, ya que se ha vuelto una muy debida costumbre, hago lo propio.

Sin duda, esta obra, tan singular en mi trayectoria, no habría logrado el acabado que la hace lucir sin la lectura tan atenta y precisa de Mayra González, quien me obligó a tocar tierra para desarrollar los personajes como prometían en la primera versión que le envié; y no tendría algunas de las escenas que me resultaron un descubrimiento en la historia sin las provocaciones no menos persistentes y cuidadosas de Nayeli García. Directora y editora de Alfaguara, ambas, un lujo de Penguin Random House.



En su entrañable nueva novela, Ethel Krauze nos lleva por un viaje en el tiempo a las décadas centrales del siglo XX en la Ciudad de México. Desde la voz de una narradora genial y ocurrente que nos permite asomarnos con su inocencia a los secretos de la casa, nos envolvemos en sus perplejidades y descubrimientos, mientras ella va teniendo que cruzar las puertas, físicas y simbólicas, de su última infancia a su plena adolescencia.

En este camino la acompañan una abuela eternamente presente, la madre con sus propios vaivenes, el padre con sus miradas de trueno y los hermanos mayores en sus apasionadas e irreverentes búsquedas. Aparece también el primer amor y mil aventuras que se desdoblan en un lenguaje poético y desembocan en un momento revolucionario y parteaguas de la historia nacional: el movimiento estudiantil de 1968.

Con anécdotas memorables y una singular perspectiva que mezcla la fantasía con un registro realista, casi teatral, esta obra confirma a su autora como una de las voces imprescindibles de la narrativa contemporánea y dibuja el paisaje de una sociedad que empezaba a despegar sus alas hacia el amplio territorio de su futuro.



Autorretrato

Ethel Krauze es originaria de la Ciudad de México, ha logrado una vasta obra publicada, en diversos géneros literarios, antologada, traducida y ampliamente reconocida. Su libro *Cómo acercarse a la poesía* es considerado un clásico contemporáneo en aulas y bibliotecas públicas. Es también académica, doctora en literatura y creadora del modelo internacional "Mujer: escribir cambia tu vida", desde Morelos, donde radica. Tiene varios títulos de poesía, cuento, novela y ensayo. En este sello editorial ha publicado *Samovar*, *El país de las mandrágoras*, *El diluvio de un beso*, *Todos los hombres*, *El secreto de la infidelidad*, *Escenas de ira, tristeza y desesperación con momentos felices* y *El instante supremo*.



El terror de las puertas

Edición en formato digital: noviembre, 2025
D. R. © 2025, Ethel Krauze

D. R. © 2025, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Imagen de portada: composición a partir de imágenes de iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o

cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 978-607-386-710-8

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

Índice

Entrada

Primeras puertas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Segundas puertas
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Terceras puertas
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Salida

Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos

Table of Contents

Entrada
Primeras puertas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Segundas puertas
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Terceras puertas
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Salida
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos